

Ariel Armellin

Testigo Perpetuo

De la esencia del Amor

2012

Edición del autor

Armellin, Ariel

TESTIGO PERPETUO: de la esencia del amor. - 1a ed. -
Bella Vista: el autor, 2012.
136 pág.: il.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-33-2515-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Alicia & Martín

Para comunicarse con el autor: ariel-armellin.webnode.com.ar

“Persigue tus sueños o jamás se harán realidad”

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 - Impreso en Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático o su transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopiadora, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los autores. Reservados todos los derechos, incluido el derecho de venta, alquiler, préstamo o cualquier forma de cesión.

Participes

Muchas de las personas que recorrieron el camino junto a mí y otras tantas que he dejado atrás, de una u otra manera han aportado momentos de su vida. Esos que les he arrebatado y atesorado en mis recuerdos, momentos que hacen posible el relato de esta historia.

Una historia de ilusiones, esperanza y sufrimiento, que transcurre en un tiempo sin tiempo, demostrando cómo el destino y nuestras decisiones alteran el curso de nuestras vidas.

La intención del mensaje es sobre el amor, aquel verdadero amor que puede perdurar más allá de toda una vida, aunque muy difícil de encontrar, existe. Dos personas que en tiempo y sentimientos coincidan, más complejo aún. Pero afortunado el que pudo vivirlo debe considerarse, aunque fuere tan solo por un momento.

Con todo mi afecto agradecido a ellos por siempre estaré.

Alicia, María, Vanesa, Alejandra, Oscar, Carola, Paola, Carlos y Martín

Alicia: “Princesa. Lleva consigo un corazón ajeno preso de su encanto, que contra todas las vicisitudes pretende volver a enamorarla.”

Destino: “Omnipotente titiritero, amo y señor de la suerte que han de correr todos los seres de este cruel mundo.”

Martín: “Inocente soñador, esclavo de sus recuerdos. El sacrificio de ser romántico lo ha llevado a pagar todos los precios por las ilusiones perdidas.”

Veo deslizarse por las deslucidas ramas de ese viejo roble que el otoño ha deshojado, las armoniosas gotas de esta tenue llovizna que ha perdurado por días. El cielo teñido de un gris profundo, la suave bruma creada por la humedad reinante y el colchón de hojas de los más variados tonos de ocre que yacen en el suelo, me transportan en el tiempo, ese mismo que me ha quitado la mayoría de las facultades que he tenido. Afortunadamente conservo una aún, el recuerdo.

Me encuentro hoy aquí, sentada en mi cuarto como muchas otras veces, donde el amplio ventanal deja ver por completo el jardín. Una pareja de gorriones bajo el alero se guarece de la lluvia. Las frías gotas que caen del cielo, bailan al son del viento que mece los delgados tallos de los jazmines. Sobre el frente del pequeño bosquecito de abedules, un tero solitario trata de rescatar algún insecto perdido entre la maleza. En la distancia, algunos pájaros tratan de posarse sobre las copas de los pinos que una suave brisa mueve de un lado a otro. Todo esto, en su conjunto hace imaginarme cómo sería el misterioso monte del que Martín me hablaba, ¿se asemejará en algo esta romántica escena que tengo frente a mis ojos, a esa bella pampa que tanto lo cautivaba?

Como lo hago cada vez que me invade la nostalgia, paso mis tardes aquí, hurgando en este cajón de los recuerdos, y vuelvo a encontrarme con este bello texto, escrito por la persona que me ha enseñado que el destino, ese viento con el que navega el barco de los sueños en los mares del amor, sin duda es el que rige nuestras vidas de principio a fin. En cada palabra contenida en este, quedarán impresos por siempre nuestros momentos, aquellos que una vez compartimos juntos y que atesoraré eternamente. Son estas hojas de papel amarillento ajadas por el tiempo y las lágrimas que he derramado sobre ellas tantas veces al leerlas, las que encierran la esencia de todo el amor que Martín me ha tenido, esa forma de amor puro que el hizo perdurar más allá de los tiempos y que nadie jamás pudo hacerme olvidar. Quiero perderme en ellas una vez más.

Historia de la historia

Frente al hogar, nuevamente los acérrimos cazadores vuelven de una frustrada ronda por los potreros, en los que el viento imperante hiciera que animalito alguno anduviere fuera de su madriguera.

Apenas habían cazado una mísera vizcacha que, tal vez aturdida por el implacable pampero, dejó su pellejo al descubierto y se llevó tres balas 38 Special que sellaron su destino.

Así se decidía la suerte en la noche de luna llena, por las suaves laderas de los campos del sur.

Carlos: - Flaco, haceme caso. Volvamos que nos estamos llenando de polvo y con éste viento no se ve nada.

Martín: - Sí, dale. Tomamos un café y salimos de nuevo, así busco señal y reviso los mensajes.

Carlos: - Dejate de joder boludo.

Martín: - Tengo que chequear los mensajes, ¿por qué que pasa?

Carlos: - Por nada, mirá que agarro para la casa.

Martín: - Dale.

Así, con rumbo noroeste dejando el gélido viento a sus espaldas, emprendieron el regreso al puesto, distante unos kilómetros.

Al llegar a la cabaña, el rengo, puestero intrépido que vivía solo al pie de la sierra con dos perros que eran su única compañía, ya había lavado los

platos de la cena y se encontraba preparando unas tazas de café. Mientras tanto, relataba una historia de su juventud. Curiosidad o aburrimiento tal vez, los obligó a escucharla.

Rengo: - Cuando vivía en Cipolleti, allá en Río Negro, yo tenía 8 años más o menos, trabajaba en una finca que criaba chanchos. Ya había que laburar de chiquito para ayudar en la casa ¡Qué tiempos! Pasaron casi sesenta años y todavía me acuerdo. Un día haciendo la recorrida entre la casa y los chiqueros, tipo dos de la tarde y con el calor que rajaba la tierra, vi los perros ladrándole a un matorral. Me encontré con una cosa que me extrañó muchísimo. Abajo de un tronco, en una vizcachera abandonada, aparecieron enroscadas como un nido de caranchos, un montón de culebras verdes...

Carlos y Martín se miraron entre sí pensando que era otro de los absurdos relatos cotidianos del folklore campestre.

Dejaron al rengo seguir con su historia y después del café decidieron emprender otra recorrida nocturna. Tomaron sus armas. Carlos prefirió llevar su rifle palanquero, en cambio Martín optó por su fusil que al poseer mira, es más preciso durante la noche.

Ya asomando la luna sobre la serranía partieron de allí. Siendo pasada la medianoche su resplandor iluminaba la planicie. El primer tramo del recorrido resultó monótono. Praderas interminables se sucedían.

Al llegar al valle, el terreno comenzó a ser escarpado. Bajando la cuesta, el movimiento del vehículo hacía un tanto incómoda la travesía, pero aquella noche todo merecía la pena.

Llegados a la tranquera detuvieron la camioneta. Desde ahí debían seguir a pie. Tomaron sus armas, abrigo, municiones y prontamente emprendieron la caminata atravesando un monte ralo de piquillines y chañares. Las molestas espinas rasgaban la ropa. Se dirigieron costeano el arroyo que corría desde un cañadón. Los aullidos del viento que se colaban por los matorrales eran el único sonido que se percibía en la noche. Al

salir al claro, vieron con alegría el pequeño montecito que usarían de apostadero, el cual divisaron desde la ladera, la tarde anterior al reconocer el terreno.

La tierra despareja y el viento que levantaba polvareda hacían difícil el último tramo del camino. Los pastizales de pelo de chanco obligaban a dar trancos de un metro, tornándose muy cansador el trayecto.

La baja temperatura que rondaba los dos grados y el viento cruzado del sudeste, helaban manos y orejas al punto de parecer no sentir las. Aun así, con el temple bien alto continuaron.

Debían permanecer en silencio durante la caminata ya que los animales de la pradera se protegen de los depredadores a base de agudizar su olfato y oído al extremo.

La luna ya en lo alto, cubría con un manto plateado la pastura. El cielo totalmente estrellado sobre un negro profundo dejaba ver, aún en la noche, cualquier movimiento lejano que se produjese. Ya para el momento de haber llegado, el viento había amainado un poco, solo mecía los pastos suavemente. El lugar elegido sin duda era el adecuado para el acecho.

Carlos: - Yo prefiero la derecha.

Exclamó y se apertrechó contra los tamarindos. Aunque su posición le permitía divisar enteramente el cauce del arroyo, le ocultaba parte de la vista lateral. Del otro lado se situaría Martín para vigilar la ladera.

La espera había comenzado. La noche era joven. Martín acomodándose, con un trago de whisky mediante para calentar el espíritu, volvió a tocar un tema recurrente, Alicia.

Carlos: - Flaco, ¿cuándo vas a sacarte esa mina de la cabeza?

Dijo exasperado, ya harto de escucharlo.

Martín: - Ya lo sé boludo, pero no depende de mí. Es lo que siento.

Carlos: - ¡No seas tan arrastrado! Y pásame el whisky que el frío está jodido. Si sabés que ella no siente lo mismo. Tenés que superarlo y dejarte de joder.

Respondió, trago de por medio, con el inusual sarcasmo que lo caracteriza.

Martín: - No puedo evitarlo. Sé que ella me quiere, lo sé, aunque lo niegue. Lo veo en sus ojos, siempre lo vi. Jamás sentí eso por nadie Carlos. Ni siquiera por Vanesa.

Carlos: - ¡¿Qué Vanesa ni Vanesa flaco?! ¡Eso es viejo! Vos te tendrías que haber quedado con Alejandra. Ella sí que te quería.

Martín: - ¿Sabés que ella inclusive me lo dijo?

Carlos: - ¿Quién, qué cosa te dijo? Vos ya estás en pedo.

Martín: - No, escuchame, ella Alejandra, ¿quién va a ser? Me dijo una vez, que nunca iba a ser feliz si seguía encadenado a la relación que tuve con Alicia, que tenía que olvidarla. Pero mirá, pasaron veinte años y no pude.

Carlos: - Tenía razón, esa mina la tenía clara, ¿qué esperás? Hacele caso jajaja.

Martín: - Si, pero no todo es como parece, es muy difícil.

Carlos: - Escuchá lo que te digo. Vas a terminar mal.

Martín: - Sabés que a veces lo pienso y digo “me tengo que olvidar.” Pero al otro día vuelvo a recordarla. Ya estoy jodido.

Carlos: - Flaco, ella te dejó, olvidate, además para sacar un clavo, no hay mejor que otro. Tendrías que llamarla a Alejandra. ¡Esa te cura todo! Jajaja.

Martín: - Como si fuera así de fácil. Por Alejandra no sentía lo que siento por ella. Alicia es mi verdadero amor.

Carlos: - Che, dejemos de hablar boludeces. Así, no va a venir ningún bicho.

Martín: - Vos siempre igual. Es todo joda, no tenés corazón, boludo pasame la botella.

En la inmensidad del valle, eran dos almas solitarias decidiendo el destino de un triste corazón.

Carlos: - Mirá, hacé una cosa. Escribí tu historia para que todo el mundo sepa como la ven tus ojos. ¿Más prueba de amor que esa querés? Y le das una copia a ella, para que te recuerde siempre. Si así no entiende, que se vaya al carajo.

Martín: - Si, te entiendo. Pero no la puedo obligar a quererme. Eso tiene que salir de su corazón. Quiero volver a enamorarla. ¿Te parece que va a ayudar en algo que yo cuente nuestra historia?

Carlos: - Más vale flaco. Sino fijate el rengo. Cuenta fábulas, lo escuchamos y nos cagamos de risa de las boludeces que dice.

Se ríen de la humorada.

Carlos: - Además, cuando tenga 80 años y se acuerde de vos, va a agarrar tu libro y va a tener toda la historia para contarle a los nietos.

Martín: - Sí boludo. Voy a escribir todo, lo que siento por ella, cómo la conocí, porque me dejó ¡Lo voy hacer y no te cagues de risa! Y a Alejandra dejala allá en el pasado que está mejor.

Carlos: - ¡Si vos escribís una novela de amor, yo me pongo una tanga y salgo a bailar por la avenida! Ahora dejemos de hacer bardo y apagá la linterna, que me estoy cagando de frío y quiero agarrar algo.

Martín: - Dale. Yo quiero dormir un rato que estoy hecho hilachas. Vos vigilá si viene algo.

Carlos:- Boludo, vinimos a cazar o qué. No te curás más. Bueno dormí tranquilo que yo cazo.

Continuaron en silencio parte de la noche. El frío viento volvía a soplar por el cañadón. La espera fue infructuosa, la noche transcurrió sin novedades. Entrada la madrugada, comenzaron a preparar sus pertrechos para partir de allí.

Los primeros vestigios de luz, aparecían rasgando el negro cielo. Al amanecer volvieron al puesto con el sol asomando por la loma, tan vacíos como de allí se habían marchado.

Al despertar el nuevo día, un sol radiante calentaba la tiesa helada que todo lo cubría. Luego de desayunar tortas fritas con mate cocido que el rengo les había preparado, Martín, romántico incurable, salió al patio. Sentado sobre un gran sillón, en el pórtico de la cabaña bajo el desramado parral comenzó a contemplar la belleza de la serranía. Desde allí divisó el monte, distante unos cien metros, fijando su mirada sobre un viejo caldén de enorme tamaño.

Éste le recordaba mucho al perpetuo testigo de su amor, aquel añoso árbol que se encontraba en La Pampa, donde él siempre cazaba. Ese en el que había tallado su promesa de amor eterno. Aquel que presenció tantas noches de dolor por su pena.

Lo haría, estaba decidido. La próxima vez que fuera a La Pampa de cacería, comenzaría bajo el legendario árbol el relato de su historia.



“Tiempo y destino, dos variables determinantes de una vida. Posible es desafiar a la segunda, pero jamás detener a la primera”

Bajo el Caldén

Una vez más me hallo aquí en el campo, donde tantas veces vine a comulgar mis penas de amor. Es un día soleado como muchos otros y me encuentro recordándote a ti, mi Princesa.

Me miraste, te miré y de ti aquel día me enamoré, para nunca jamás olvidarte. Dos décadas han pasado ya, y he pagado todos los precios por ti. Todo valió la pena, todo lo vale en el amor y la guerra, “no importan los sacrificios si son para encontrarme contigo”, dijiste una vez. Aún puedo escuchar tu voz sonando en el viento. ¿Dónde han quedado esas bellas palabras? Me pregunto ahora.

Bajo éste mismo árbol mitigado por el tiempo, que lleva fundido en su corteza el juramento de amor incondicional que hice por ti, en una fría noche de Agosto desconsolado por tu alejamiento, estoy ahora escribiendo una hermosa historia. La nuestra.

Muchas cosas han pasado desde aquel triste día, que tallé en éste, testigo de mi sufrimiento, dos nombres cuales juntos representan la esencia misma del amor. Aquellos que iluminados por la tenue luz de la luna, fueron compañeros siempre en mis noches de aventura.

Así mismo, vienen en este momento a mí los recuerdos de toda una vida, la cual recorrí con ilusiones y esperanzas, reclamándole al destino, que actúa de forma misteriosa e inevitable sobre personas y acontecimientos, me llevara una vez más a ti. A ti, mi Princesa. Queriendo al encontrarte, que fuera todavía como ayer, allí detenida, esperando por mí estuvieras. En ese mismo lugar donde esa tarde te perdí. Sin embargo lamentablemente nada es así, la vida sufre un constante cambio como así los sentimientos, y aquellos que una vez se fueron difícilmente regresarán.

Sólo la inevitable muerte me privará de mis recuerdos. Mientras tanto puedo inmortalizar nuestra historia de esta manera.



“No importa la cantidad de días que dure tu vida, sino la intensa forma en que puedas vivirlos”

Capítulo I *El comienzo*

Martín era un chico alto y delgado. Venía de una familia de clase media y aunque era un tanto tímido, tenía muchos amigos en su barrio. Había ya terminado de cursar la escuela primaria siendo siempre un alumno aplicado, pero la inscripción en el colegio secundario no lo entusiasmaba demasiado ya que representaba un gran cambio para su vida.

Éste se situaba en el centro de la ciudad, a tres cuadras de la plaza principal, cerca de la estación de ferrocarril. Debía cruzar la vía y caminar dos cuadras más para llegar.

Enclavado en una construcción un tanto antigua de más de cincuenta años, constaba de dos plantas con galerías, aulas hacia los lados y un gran patio central, que a su vez, hacía de lugar para los recreos. Todo conformaba una especie de semi claustro, pues estaba incompleto por uno de los laterales, ya que se había hecho sólo la planta baja contra la escuela de monjas lindera.

Orgullosa, Martín había logrado con mucho esfuerzo aprobar el examen de ingreso y todo estaba encaminado. Eso no impedía que se sintiera acobardado al no tener amistades allí, dejaba en su barrio amigos y lugares que ya no vería frecuentemente.

Comenzó a cursar. “Con esfuerzo y perseverancia se obtienen las metas” le decía su padre. Transcurrido los dos primeros años, ya habiendo afianzado sus amistades, los cumpleaños y fiestas en casas de compañeros eran habituales. Aunque le ocupaba la escuela la mayor parte del día no faltaba a ninguna.

Bastante aventurero, repartía su tiempo entre el estudio y la caza deportiva, algo que había heredado de familia. Su abuelo y su tío eran hábitos de esa práctica desde muchos años antes.

Viajaban regularmente al campo en la provincia de La Pampa y pasaban algunos días en el monte capturando animales, ya era su pasión y esperaba esas salidas con mucha ansiedad.



“El camino a recorrer se halla trazado por el destino, no importa cuantas veces trates de evitarlo, lo que deba suceder tarde o temprano sucederá”

Capítulo II *Disparo inicial*

Viene a mí el recuerdo de la cacería donde pude hacer mi primer disparo y de mi abuelo y mi padre acomodando las cosas dentro del baúl de un viejo auto de color azul.

De madrugada salimos hacia el campo en dirección noroeste. Luego de viajar unas dos horas nos encontrábamos en un lugar remoto de la provincia de Buenos Aires, típica llanura pampeana con pastos bajos y montes de eucaliptos.

Llegamos temprano. Era una mañana de invierno. Hacía tanto frío que mi mamá me había abrigado como nunca, me hizo poner un sombrero, de esos de lana, que me tapaba hasta las orejas, bufanda y guantes.

Los puesteros del campo eran parientes de mi abuela. Nos esperaban con mate y tortas fritas, rico recibimiento como es costumbre en esos lugares. No recuerdo ya sus nombres pero era gente tan amable como nunca había conocido.

Han vivido aquellos tiempos en los que no existía ni la luz, ni los teléfonos, ni el agua corriente, ni la calefacción... ni un largo etcétera de las comodidades de las que ahora disponemos.

Pero aún así, nos recibieron con todo lo que tenían. Cuando terminamos de desayunar, ya comenzaba a clarear el día. El cielo estaba totalmente despejado, pintado de un azul profundo y la escarcha hacía blanquear todo lo que había quedado a la intemperie. Aquello presagiaba un buen día para ir tras nuestras perdices y liebres.

Tomamos las armas. Yo, principiante, llevaba la escopeta que me había dado mi abuelo, la que aún me acompaña. Comenzamos a caminar

el campo lentamente, repartidos cada cinco metros en forma transversal. Nos dirigimos a un lote donde se podían ver rastros de lo que fuera un maíz ya cosechado. El suelo dividido en surcos longitudinales hacía muy difícil transitar sobre ellos.

Caminamos durante unas dos horas entre la tierra floja sin poder ver nada. Luego salió una liebre que mi abuelo capturó desde muy cerca. Tal vez el frío de la mañana la mantenía todavía un poco dormida.

Cambiamos de lote cruzando un alambrado de siete hilos y uno de púa en su final, lo que lo hace molesto de sobrepasar, se engancha la ropa y le hace jirones si uno no va con sumo cuidado.

Seguimos un trecho más e hicimos un alto. De pronto, pude ver a lo lejos unos grandes pájaros que volaban en nuestra dirección, me parecieron coloradas, una clase de perdiz de color rojizo y un poco más grande que la común. Presa sofisticada muy buscada por los cazadores de antaño.

Avisé, efectivamente se trataban de cinco coloradas que confiadas, volaron a baja altura. Asustadas tal vez por el correr de los terneros que se habían espantado por nuestra presencia, planeaban en vuelo recto hacia nuestra posición.

Teníamos el sol de frente lo que dificultaba el disparo a corta distancia. De todos modos descargamos todas las armas a la pasada, sólo pudimos capturar dos. Los disparos fueron cuatro, pero coincidieron a las mismas dos al disparar. La caminata se había hecho larga y aunque no fuera mucho teníamos tres piezas.

Era hora ya de comer, el tiempo había transcurrido rápidamente. Regresamos a la casa atravesando nuevamente esos terrenos arados, donde ya el calor dejaba levantarse del suelo al molesto polvo que irritaba los ojos. Al llegar, hicimos el recuento final de la extraordinaria jornada que solo ostentaba dos perdices y una liebre, pero para mí toda una aventura. “Sin duda, un día de caza para recordar.”



“El camino es largo y las penas son muchas, pero cumple sus sueños quien resiste”

Capítulo III *Inocencia*

Al comenzar el tercer año escolar, los encuentros bailables en casa de amigos y compañeros de clase eran más frecuentes. En una de esas reuniones Martín se fijó casualmente en la hermana de un amigo, ella era dos años menor que él. Se llamaba Carola, menuda y muy linda, hacían una hermosa pareja. Ese día con un simple “Hola” y miradas que se cruzaron, fue motivo suficiente para estar más que seguro que ella sería su primera conquista. Al cabo de unos días de charlas y salidas, comenzaron a verse.

Inocentemente se encontraban en las fiestas y algunos besos se dejaban ver. Él, entusiasmado la visitaba después de la escuela, caminaban juntos por el barrio y se reunían frecuentemente en casa de amigos. Bellos momentos estaban compartiendo.

Aunque duró unos cuantos meses, no llegó a convertirse en algo realmente serio, ya que no pasaba de unos jóvenes sentimientos mutuos. Eran muy chicos y cada uno con sus visiones diferentes de la vida tomó su camino. La separación fue inevitable, una linda experiencia pero nada más que eso. Sin duda hay que disfrutar del amor con pasión y entusiasmo. Es aquel primero, correspondido o no, el que marca la inocencia, esos torpes pasos en ese inexplorado mundo, sin duda son aquellos que van a moldear nuestros sentimientos futuros. Si acaso el destino no ha fijado ese amor como el definitivo, paciencia, un día llegará.

Los estudios seguían bien encaminados. Les dedicaba mucho tiempo y esfuerzo. Así transcurrió el resto del año dedicado a ellos.

Llegado el verano, época de carnavales, un día domingo con el sol en lo alto, luego de almorzar en casa con su familia, Martín quiso pasar el resto de la tarde paseando con sus amigos por las calles del barrio.

En una de las recorridas ahí la vio. Una rubia hermosa, tres años menor que él, ella se encontraba disfrutando el calor de la tarde con sus amigas en la pileta. Podían verse a través de la desramada ligustrina que recubría el cerco lindero a la calle. Solamente se encontraba a pocas cuerdas de su casa. Una vecina misteriosa que nunca había visto antes, aunque era habitual que recorriera ese camino. Vestía un traje de baño verde, de dos piezas que dejaba ver a simple vista toda su radiante belleza.

Se detuvo mirándola obnubilado desde la vereda de enfrente. El calor dominaba el paisaje, solo un par de arbustos reflejaban un poco de sombra sobre su rostro. Hizo un gesto como para enviarle un saludo. Ella parada sobre el borde de la pileta, adelantándose le sonrió con una mirada cómplice y al ver esa sonrisa correspondida, lo saludó con su mano.

Él, tímido como de costumbre, después de verla y saludarla, siguió su camino junto a sus amigos sin atreverse a cruzar palabra alguna.

Al despertar el siguiente día, no dejaba de pensar en ella. Había algo que lo inquietaba. Quería idear una compleja trama de planes para lograr de alguna manera poder llegar a un encuentro casual. Como no la conocía, necesitaba al menos tener su nombre para poder hablarle.

Pasados unos días, una tarde calurosa como la de aquel momento en que la conoció, conversando con uno de sus amigos hablaron del tema, sentados en el banco de la plaza, lugar de encuentro habitual a la hora de la siesta. Le relató sus deseos de poder acercarse a esa chica que tanto tiempo le ocupaba en sus pensamientos. De acuerdo a sus planes, su leal amigo decidió ayudarlo.

Esperaron la oportunidad. Su amigo se acercó a ella, vaya a saber con que pretexto lo hizo. Pero lo logró. Se llamaba Vanesa. Un paso ya estaba dado, solo faltaba comenzar algún tipo de conversación interesante para poder pasar un tiempo con ella.

“Hacia mucho calor ese día, salimos a dar una vuelta en bicicleta con dos amigos. Llegamos cerca de la zona de quintas después de pedalear un rato. Íbamos pasando por la calle y la vi. Estaba en la pileta, era hermosa. Dos amigas estaban con ella, no me animé a hablarle, solamente la saludé y nos fuimos.”



“Uno se propone metas, sin embargo el destino es quien decide los acontecimientos. De repente sin esperarlo llega lo que es para uno”

Capítulo IV *Enamorados*

El verano llegaba a su fin y con él las vacaciones escolares. Comenzar los días de estudio, complicaría el tiempo libre. Pero Vanesa lo tenía cautivado, debía apresurarse si quería algo con ella.

Martín, ya con algunos datos precisos, se armó de coraje y fue a llamar a su puerta. Recorrió esas calles donde el asfalto reflejaba los últimos vestigios del calor estival. Esas mismas que serían habitualmente transitadas a diario en un futuro cercano ya que separaban su casa de la de ella. Iba pensando en qué decirle, cómo atraer su atención, la manera de presentarse. Caminaba lentamente disfrutando del paisaje, al refugio de la arboleda que recubre parte de las veredas. Estando por llegar se le ocurrió una idea.

Le diría que justo pasaba por allí al venir de la casa de su amigo, en la cual probaban durante la semana los equipos de sonido que utilizaban para su trabajo como disc jockey. Eso lo haría un poco más interesante, sería la excusa para entablar una conversación.

Sin embargo, la suerte no estaba de su lado aquel día. Después de tantos planes, al llamar a su puerta no la encontró en casa. Para su sorpresa lo atendió su abuela. Muy amablemente le explico que Vanesa estaba en la escuela. Pero no todo estaba perdido, no se iría con las manos vacías. Eso era algo, un poco más de información. Ya conocía algunos de sus horarios al menos. Despidiéndose se marchó de allí. Ya sabría cuando y como regresar.

Transcurridos dos días volvió, pero lo hizo de tarde. Caminando nuevamente esas calles arboladas repasó una y otra vez lo que debía decirle. Venía pensando como entablar el dialogo. Llegado a su puerta, llamó y oh sorpresa, ella salió a recibirlo esta vez como si hubiese estado esperándolo.

El entusiasmo y la alegría lo invadían. Muy amablemente se presentó peinándose hacia atrás el cabello con sus manos, evidenciando un cierto nerviosismo.

Martín: - Me llamo Martín, pasaba cerca y quería saludarte.

Ella no tan sorprendida, recordaba haberlo visto tiempo antes, aquella tarde estando en la pileta.

Vanesa: - Hola soy Vanesa, aunque ya debés saberlo, tu amigo me habló de vos.

Martín: - Sí, algo me dijo pero no sé.

Respondió titubeante, tratando de disimular la información de la que disponía. No quería poner en evidencia el temor de ese momento.

Martín: - No hablemos de eso ahora, ¿cómo estás?

Tomando algo de distancia de la situación, respondió.

Martín: - Y tal vez, podamos salir a pasear juntos en algún momento.

Fue su apuesta final. Ahora sólo le restaba esperar la respuesta.

Vanesa: - Ahora justamente estaba estudiando, pero el sábado si querés salimos a caminar un ratito.

Nada de lo que había estado tramando, le hizo falta relatar. Horas perdidas planeando una y mil veces qué decirle y cómo enfrentarla fueron en vano. Ya tenía su cita sin tener que dar explicación alguna.

La manera en que ella lo miraba en ese momento, hizo sospechar que tendría suerte. Asintiendo su propuesta, arreglaron una salida para el fin de semana siguiente.

Despidiéndose después de conversar un rato, intercambiaron sus teléfonos. Ya verían luego los detalles del encuentro. Se marchó eufórico habiendo ganado al menos una batalla. Tendría ahora una oportunidad para cautivarla.

Transcurría una larga semana de estudios. Con su mejor voluntad concurrió a la escuela de muy buen ánimo. Después de tanto esfuerzo tendría su premio. Quería que los días pasaran lo más rápidamente posible, quería verla, salir con ella. La intriga lo estaba matando.

Todo llega y el momento se hizo esa tarde de sábado. Pasó a buscarla por su casa como fue acordado, después de estar toda esa semana muy ansioso. Pudo ver con cierto asombro que ya estaba en la puerta esperándolo.

Después sabría que ella también deseaba ese momento, (le confesó que demoró toda la mañana decidiendo que vestimenta usaría para el encuentro). Quería verse lo más bella posible.

Saludándose ambos muy nerviosos por ser su primer salida que compartirían a solas. Sin demora, comenzaron una larga caminata por una calle céntrica, lugar de paseo habitual de la ciudad.

Contándole un poco de su vida, Martín, la miraba con los ojos del amor, no sabía como decírselo. Ella se notaba inquieta por los continuos movimientos que hacían sus manos al hablar. Analizando la situación debía vencer la timidez y animarse a más.

Ha llegado el momento de la verdad, pensó, y sin mediar palabra impulsivamente la besó. La tomó por sorpresa, ella no se lo esperaba. Se quedó mirándola luego. No se veía molesta, estaba de acuerdo o así parecía. Por su parte, él no le había dicho aún lo bella que estaba, realmente quería esperar el momento apropiado para hacerlo.

Aunque ocasionales transeúntes eran testigos involuntarios del romántico momento, no esperó, tomó coraje y se lo pidió.

Martín: - Me gustaría que seas mi novia, estás hermosa como el día en que te vi por primera vez ¿te acordás esa tarde en la pileta?

Por supuesto que lo recordaba. Hablaba tan rápido que ella solo lo miraba, vaya a saberse si entendió todo lo que él dijo. Pero aún así comprendía realmente lo que quería expresarle.

La bella Vanesa, emocionada aceptando tal caballerosa proposición, inmediatamente estuvo de acuerdo. Martín tomo suavemente su mano y sellaron el encuentro con un beso, esta vez más apasionado. Luego emprendieron nuevamente la caminata, deteniéndose cada vez que se abrazaban fuertemente.

Ella no dejaba de mirarlo a los ojos. Él estaba sumamente ilusionado, su corazón latía muy fuerte pues lo que sentía no pasaba desapercibido ante la situación de romance que caracterizaba esa tarde.

Nunca había sentido nada igual. Lo que vivió ese día le había despertado nuevas emociones, ¿estaría enamorado?, se preguntaba. ¿Cómo saberlo? Si él nunca lo había estado, ¿cómo sabría cual sería ese sentimiento? ¿Sería esa muchacha su primer verdadero amor? Pensó. El tiempo se lo diría, seguramente.

Vivió muchas sensaciones, era todo para él. Pensaba en ella en todo momento, eran si se quería, dos niños jugando al amor. Martín se había aferrado a esa relación muy consciente de que era verdaderamente su primera, lo que no significaba que sería la última. Ese sentimiento lo mantenía muy preocupado. Si se quiere, su inexperiencia lo condicionaba en muchos aspectos y uno de esos era la confianza.

Siendo dos personas bastante diferentes entre sí, con gustos compartidos pero de carácter bastante opuesto. Las peleas no se hacían esperar, se presentaban frecuentemente. Discutían muchas veces por cosas sin sentido. Sin embargo, transcurrido un tiempo, una tarde acercándose la primavera, ocurrió un suceso que terminaría finalmente distanciándolos.

Martín había salido la noche del sábado con sus amigos al boliche sin previamente avisarle que lo haría. Se acercó a la barra, ordenó tres tragos, estaba por retirarse y vio con asombro que una de las amigas de Vanesa se encontraba con su novio en el final del pasillo que conducía a los baños, estaba observándolo fijamente. No podía hacerse el desentendido, debía saludarla. Se acercó y con un beso en la mejilla, trató de amenizar el momento. Ella correspondió el saludo, aunque se preguntaba qué

hacía el en ese lugar, solo, lejos de Vanesa. Se comportó debidamente el resto de la noche, pero ello no lo salvaría de afrontar una comprometida situación.

Domingo por la tarde, dirigiéndose a casa de Vanesa, se encontró con una escena adversa. Al llegar, muy enojada ella lo increpó, le reprochaba haber estado con una chica bailando en el lugar al que había concurrido con sus amigos la noche anterior.

Vanesa:- ¿A vos te parece? Me mentís y encima me engañás.

Ella creía haber pagado un precio demasiado alto por haber amado al hombre equivocado, aunque realmente así no fuera. ¿Le habría él sembrado un camino de mentiras y falsas ilusiones? Por su lado, aunque falsamente acusado, Martín no contaba con elementos suficientes para defenderse. Más que su propia palabra no tenía, que en ese momento no significaba nada.

Martín: - Sí, es verdad, fui a bailar. Pero no te avisé porque era tarde, el gordo pasó como a las once de la noche y no te iba a llamar a esa hora, pero no pasó nada, no hice nada, ¿Por qué decís que te engañé?

Vanesa: - Me engañaste, me lo contó Marcela. Ella no me miente. ¿Adonde están ahora todas tus promesas? Andate de acá, no te quiero ver más. Andate ahora.

Martín: - Pero, esperá que te explique, te digo que no pasó nada.

Vanesa: - Andate, chau.

Cerrándole la puerta en la cara se retiró. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, estaba ahí, tratando de buscarle explicación a lo que no tenía. Por extraño que parezca, la confianza en una amiga primó por sobre la confianza en su pareja. Lo dejó parado en la vereda. Martín le había roto su frágil e ingenuo corazón, ya que él era su primer amor, aquel que nunca olvidaría. Ese día después de ocho mágicos meses, se terminó la relación así, repentinamente.

Desanimado se alejó, sin encontrar respuesta. El suelo bajo sus pies había desaparecido. Demoró tanto en llegar hasta el ahora, y en un instante, al voltear y ver atrás, ya no tenía nada. Caminando bajo esa misma arboleda, que había inspirado en él hermosos sentimientos cada vez que hacía ese recorrido para ir a verla, seguía pensando que el amor siempre lo evadiría. La vida le estaba enseñando lecciones, debía aprender de cada una de ellas lo mejor.

Él insistió con su inocencia, que en realidad era verdadera, quiso remediar la situación, que le diera oportunidad de explicarle. Pero no lo escucharon, Vanesa y Martín no volvieron a verse.



“La vida es lo que va ocurriendo, mientras tu tienes otros planes”

Capítulo V *Primera vez*

No era habitual que Martín fuera a un boliche. Si bien ya había concurrido con sus amigos de la infancia, habían sido sólo unas veces esporádicamente.

Al comenzar quinto año, la cursada era nocturna. Sus amigos del barrio con los que compartió la escuela primaria y que conocía de toda la vida, comenzaron a salir todos los fines de semana. Eran hábitos de un boliche de la zona.

Una noche de viernes, en la disco se organizaba la fiesta de la primavera. Ellos insistieron en que los acompañara. Él, sin tener compromisos no dudó. Llevó una muda de ropa adecuada y se quedó, ya que el horario de entrada era poco después de la salida de su escuela.

Se divirtió mucho y viendo que era un ambiente donde se sentía cómodo y tranquilo, comenzó a concurrir con ellos asiduamente, repartiendo sus fines de semana entre la cacería, que era su pasión y las salidas con ellos.

Al cabo de un mes, ya habiendo conocido mucha gente, hizo de amigos nuevos. Uno de ellos quiso que conociera alguien que se interesaba por él. Se trataba de María, una chica muy bella, morocha, con buenas formas, pero algo mayor que él. Trabajaba como tarjetera del boliche.

Ya la tenía vista de cruzarse en la pista de baile. No muy asiduo en el arte de la seducción aprovechó la presentación, le invitó un trago como para romper el hielo. Hablaron hasta entrada la madrugada, bailaron, se divirtieron juntos, pero no se atrevía a revelar sus sentimientos aún, de

todas maneras ya llegaría la ocasión. Era una persona sociable, se integró rápidamente al grupo. Al cabo de transcurrida la noche, existía algo entre ellos que ya se hacía notar, María le gustaba y quería conocerla mejor.

Llegada la hora de retirarse, Martín atentamente se ofreció llevarla a su casa, pero hubo una negativa por parte de ella ya que vendría a buscarla su hermano. Desalentándose un poco entendió, era muy pronto para ser persistente, recién acababa de conocerla, no insistió, compartieron sus teléfonos y se despidieron.

Hasta ese momento se encontraba sentimentalmente solo, pero se había dado cuenta que la vida seguía, debía dejar la pena atrás y guardar como un buen recuerdo ese que fue su primer amor.

Durante el viaje de regreso a su casa no dejaba de hablar de ella frente a sus amigos, era evidente que trataría de verla.

En la semana siguiente, le llega la oportunidad a Martín de integrarse como relaciones públicas del boliche. En una de las reuniones habituales que se realizaban los jueves por la tarde, la vio nuevamente. Ahí estaba María con un atuendo un tanto llamativo para esa hora del día. Tenía puesta una minifalda tableada color marrón que dejaban ver sus hermosas piernas y una blusa ajustada que insinuaba su busto. Quería hablar con ella, quería saber más.

Sentados casi uno frente al otro se miraban discretamente, pero lo mejor no era eso, sino que ya notaba cómo cada vez que estaban cerca, él sentía algo especial, lo mismo le había pasado en el boliche al conocerla. Aún así, tenía claro que era incapaz de dar un paso adelante, le era completamente imposible. Sólo pensar que pudiera decirle que no, lo intimidaba.

Había sufrido un duro revés la última vez, cuando fue acusado injustamente, que no era capaz de repetirlo sin tener plena seguridad de éxito. Terminada la reunión, al retirarse del lugar apuró el paso tras ella para alcanzarla. En una corta carrera por la vereda de la calle lindante a la

estación de ferrocarril, donde cientos de personas iban como una marea sin rumbo, la tomó del hombro, para que se detuviera y arriesgo unas palabras.

Martín: – Hola María. Estás muy provocativa con esa ropita.

Pero aquel era el peor argumento que podría haber esgrimido para encarar una conversación. Pues esa era precisamente la clase de vestimenta que ella usaba a diario. Se dió cuenta de lo mal que había quedado con ese desafortunado comentario.

Martín: - No quise decir eso. Discúlpame por favor.

María: - No hay por qué, no te preocupes.

Le respondió ella, sin signos de sentirse ofendida.

Tratando de remediar la situación, Martín le invitó un refresco en un lugar cercano. Caminando y conversando recorrieron un par de cuadras. Elegido el lugar, se sentaron en una mesa sobre la vereda del bar. Mientras ordenaba dos tragos, volvió a disculparse, pero la respuesta que ella le dio, lo ponía en un aprieto.

María: - Tal vez es verdad, estoy un poco atrevida. Pensé que te gustaría, me vestí así para verte, ¿no te gusta?

Enmudeció al escucharla, debía demostrar lo valiente que era. Acercó su silla a la vez que se miraron de frente y sin pensarlo demasiado se lo propuso, quería que fuera su novia. Ella sin más aceptó, pues ya esperaba ese desenlace de antemano.

Esa tarde se sentía muy bien. Nuevamente apostaba al amor, ese amor esquivo que tanta falta le hacía. Era una situación nueva. Había pasado mucho tiempo desde su última relación. Vagamente se preguntó si podría volver a querer.

Transcurrido sólo un par de meses, llegó el momento de presentarse en familia. María quería llevarlo a conocer a su madre, maestra de profesión. Había llevado una vida sufrida ya que debió criar a sus tres hijos sola, su

esposo los había abandonado a corta edad de los niños. María tenía un hermano un poco mayor y una hermana dos años menor.

Dió una buena primera impresión, Martín era una persona querible, según decían. Estableció buena relación con ellos.

Era lunes. Podía pasar a verla por su casa. María lo esperaba ansiosa y pasarían la mañana juntos. Compartía más tiempo con ella que con nadie antes, podía lograrlo si se lo proponía, podía volver a ser feliz.

Comenzó el viaje. Debía tomar dos colectivos para llegar. La casa de María estaba bastante distante, aunque cansador el trayecto, el premio lo valía.

Al llegar, lo recibió emocionada, se saludaron y su madre al verlo se acercó. Él se volteó súbitamente y la miró, con una sonrisa lo esperaba en ese momento. Lentamente la tensión comenzó a desaparecer de su rostro. El recibimiento era cordial. Eso lo tranquilizó ya que estaba inquieto por conocerla.

María: - Mamá, él es Martín, ¿no es un amor?

Su madre no tuvo otra opción que asentir con la cabeza, recién lo conocía, pero luego con el tiempo llegó a apreciarlo mucho.

Muchas de las veces se veían en su casa, ya que pasaba mucho tiempo sola. Sus hermanos concurrían a la escuela en el turno tarde y su madre trabajaba la mayor parte del día.

Las salidas se fueron intensificando. Compartían mucho más tiempo, la relación se fue afianzando. Aunque solo besos y caricias inocentes se demostraban, todo a su tiempo llegaría. Ninguno de los dos conocía el amor realmente, pero se acercaba la oportunidad de experimentarlo juntos, ambos en su primera vez.

Una tarde, Martín pasó a buscarla en auto, la tomó por sorpresa. No era día de visita habitual, pero María le pidió un momento para arreglarse y

salieron a dar un paseo. Martín se detuvo en casa de un amigo a saludarlo, lo que ella no sabía es que su amigo saldría y los dejaría a ambos solos. El por su parte analizaba la situación temeroso de quedar mal, pero parecía no estar molesta.

Después de hablar unos minutos se recostaron sobre el sillón de la sala mirando televisión. Fueron acercándose uno al otro y entre besos y caricias, las ganas de dar el siguiente paso estaban a flor de piel. Curiosamente se contuvieron, no era el lugar ni el momento adecuado, quedaría para otra ocasión.

Pasó otra semana con visitas y salidas. Todo era muy romántico pero el deseo lo invadía, debía hacer algo, pronto. Ese ansiado día llegó un mes después. La noche lluviosa lo presagiaba. Había concurrido al boliche como de costumbre, se encontró a ella y sus amigos, después de algunas bebidas le propuso salir del lugar. María aceptó, por supuesto, lo estaba esperando. Después de todo tener paciencia estaba bien, pero para qué retrasar lo inevitable. En ese momento estaba segura que él era la persona indicada para entregarle su más preciado bien, o eso es lo que creía.

Salieron de allí y se dirigieron al vehículo bajo una copiosa lluvia. La tormenta eléctrica hacía la noche más fría, los relámpagos dibujaban sus figuras en la oscuridad. Esa brumosa noche que envolvía sus deseos más íntimos los cubría.

Recorrieron la ciudad durante un par de horas, hasta que en un determinado momento detuvo la marcha en una calle oscura. Martín se volteó de costado, la lluvia caía intensa sobre los vidrios no dejando ver el exterior. Era un momento soñado, la miró fijamente y comenzó a besarla como nunca antes lo había hecho. Entre caricias y miedos, fue en ese preciso lugar, donde encontró la respuesta a todos sus deseos adolescentes, aquellos que tanto ansiaba conocer. Se daban cuenta ambos que descubrían el amor.

Fue a partir de allí que comenzó a ver y sentir diferente la relación hacia ella. Hizo algo que nunca antes había hecho, compartían algo íntimo. Eso la hacía especial.



“El amor verdadero es sumamente difícil de encontrar, afortunado debe considerarse quien lo haya vivido, aunque fuere tan solo por un momento”

Capítulo VI *Traición*

No estaba seguro de amar a María realmente, pero la lujuria opacaba cualquier otro sentimiento que se le antepusiese y eso era lo importante ahora. Continuaron esos encuentros apasionados y los dos eran muy felices por esos días.

No obstante, la magia no duraría por siempre. Llegaron las vacaciones y María, como todos los años, viajaría a la Costa Atlántica a casa de su tía. No iban a verse por dos semanas pero se esperarían ansiosamente a su regreso. Lo discutieron y Martín estuvo de acuerdo.

Esa mañana la despedida fue breve. Aun así, estaba contento después de haberse levantado muy temprano para pasar a buscarla por su casa y acompañarla. Pero no se quedaba muy tranquilo. Ella muy emocionada le agradeció el viaje y subiéndose al autobús lo saludó desde la ventana, pidiéndole que la extrañase.

Él por su parte, había acordado con su amigo, dirigirse a La Pampa y disfrutar unos días de cacería, aprovechando el tiempo que ella estaría fuera. Es así que hizo los preparativos y se marcharon.

Amanece en el campo. El sol con sus rayos despierta los más variados insectos que, aprovechando el calor se dispersan en el aire. Empezamos una salida de rastreo antes que el viento borrara las huellas nocturnas que pudieran haber quedado.

En algunas recorridas, en especial por la zona del sembrado, a metros del puesto, veía los rastros que dejaba un chanchito. Por la comodidad con que el animal se movía en el lugar, debería ser un padrillo lo bastante grande como para no ser amedrentado fácilmente.

En los años que llevaba yendo al campo que no eran muchos, no había tenido demasiada suerte en el tema de cacerías. Era difícil dar con un chanco y cuando los encontraba no podía hacer mucho. Aunque hemos cazado varios jabalíes nunca nos encontramos con un padrillo viejo que diera pelea.

Ese era el sueño de Carlos. Él quería uno grande, decía. Comenzamos el regreso en dirección a la casa. Un par de kilómetros entre la espesura de caldenes y alpatacos, nos separaba de ella. De pronto, en un instante, la vida me demostró que no está todo dicho hasta que acaba.

Un escalofriante bufido provocado por un chanco retumbó en lo profundo del monte. Sin previo aviso despertó como un gigante de su siesta y salió al claro.

Estábamos a unos sesenta metros, vimos semejante bestia mirarnos fijamente desde la picada. Lo único que atiné fue a levantar mi fusil, pero no disparé, me di cuenta de lo indefenso que estaba. Sólo unos metros se interponían entre él y nosotros.

Ganando mi asombro, un disparo cortó el denso aire. Mi compañero se adelantó. Se pudo sentir el golpe contra la carne, le había dado. Ante la sorpresa, el animal, contrario a lo pensado, se dio a la fuga alejándose de nosotros. Se retiraba sin presentar pelea.

Comenzaron las dudas, seguirlo o no. Había encontrado lo que buscaba y no quería tener excusas para perderlo. ¡Qué contradicción! Aunque atraparlo era la meta, al huir herido, me preocupaba la posibilidad de salir lastimados por sus colmillos.

Comenzamos a correr por el camino que dejó el animal en su huida. Un largo trecho, esquivando espinas y pozos. El corazón parecía salirse del cuerpo con tanta adrenalina.

Corrimos hasta el cansancio, sentía como se acalabraban las piernas. De pronto comenzamos a escuchar las ramas rompiéndose a su

paso y la polvareda indicaba que estaba cerca. Podíamos oler ese aroma hediondo que lo caracteriza.

Saqué fuerzas de donde pude y llegué con cuidado. Lo divisamos en un claro, se había detenido. La herida y la pérdida de sangre le estaban cortando la retirada.

En un par de bufidos más se detuvo completamente, empacándose contra un caldén de enorme tamaño. Aunque mal herido, mostraba sus colmillos. Estaba desafiante.

Retrocedí unos metros sin tocar el suelo, sintiendo que se me venía encima. Un disparo se vuelve a escuchar, Carlos lo había rematado en ese lugar. Tirándole todo mi peso encima lo derribo, no lo podía creer, lo capturamos. Finalmente era nuestro, solo habría que sacarlo del monte y arrastrarlo hasta el camino lindante. Esa sensación de triunfo quedo para el recuerdo. En esta cacería la suerte estuvo de nuestro lado.

María, disfrutaba unas bellas vacaciones con su prima, desconociendo la odisea de su compañero en el monte. Días de playa al sol sobre la arena transcurrieron despreocupados. Pero una tarde alguien interrumpió esa monotonía. Paola, su prima se encontró con un viejo amigo del barrio que se asoleaba cerca. Oscar, un joven bien parecido y muy simpático, estaba parando con su madre en un departamento cercano a la playa. Así fue cómo el destino los cruzó.

Lo veían esporádicamente en el horario de playa. Ese día Oscar pasaba por allí, sombrilla en mano y lentes oscuros, no dejaba de mirarla a su paso. Paola ya notaba que a María le estaba cayendo bien aquel joven. No muy de acuerdo o tal vez sí, lo invitó a almorzar con ellas. Ese fue el puntapié inicial con el cual comenzaron a compartir su estadía diariamente.

Dos días antes de finalizar sus vacaciones, María al no sentirse bien. Se quedó en casa de su prima recostada mientras la familia fue a la playa.

Se encontraban almorzando unos sándwiches en el momento en que Paola y sus padres lo vieron venir. Lentamente se acercó. Oscar, haciéndose el distraído, preguntó por María.

Oscar: - ¡¿Qué le ocurrió a María que no vino?!

¡Que joven observador! Pensaron ellos, e inmediatamente le informaron, no se sentía muy bien y se había quedado en casa recostada.

Dejándose ver un tanto afligido por la ausencia, pensó en cómo estaría, tal vez era la oportunidad de estar a solas con ella. Era difícil el ofrecimiento pero de todas maneras propuso verla, por si necesitaba algo para que no se encontrara sin cuidados.

Les pareció buena idea que la acompañara, ya que lo conocían desde hacía tiempo, no habría peligro y después de todo, era mejor que no estuviera sola. Fatal desenlace se desarrollaba para Martín, se enfrentaba a un cazador, al que su presa no le presentaría pelea.

Oscar ya se había dado cuenta de que esas miradas que cruzaba con María en la playa dejaban ver algo más que una simple amistad. ¿Existiría algún tipo de atracción mutua? Debía averiguarlo y hacerlo pronto. El tiempo vacacional se acercaba a su fin.

Se dirigió hacia la casa a paso apurado. Al ingresar, la encontró recostada sobre la cama. Se acercó y ella sorprendida por tan grata compañía que se le presentaba, agradeciéndole su preocupación esbozó una frase regocijante.

María: - Vos siempre tan atento.

Oscar: - No hay por qué. Es lo menos que podía hacer por una chica tan hermosa, acompañarte en este momento.

Respondió halagado y se dirigió a preparar una taza de té.

Entre risas y relatos ella le contó de su relación con Martín, que había quedado a la espera de su regreso. Oscar estaba al tanto de ese romance, no

hacía falta que le explicase, pero le restó importancia, y trató de no ofuscar el momento con falsas culpas.

Por su parte, él, negó la suya. Le confesó que su novia estaba en Buenos Aires, estaba hacía tiempo solo en la costa y que las cosas con ella no estaban del todo bien. Vería al regresar si continuaba la relación.

Las miradas se intensificaron y en un momento, sin que María se percatara, ya estaba sobre ella besándola. ¡Qué momento difícil! Pero, sin resistirse demasiado, lo rodeo con sus brazos y dejó que todo lo demás sucediera. Se sellaba el destino del fiel y enamorado Martín. María lo había traicionado, estaba compartiendo su cuerpo con alguien más. Ya no sería lo mismo, nunca.

Repitieron el encuentro al día siguiente. En casa de él esta vez, Oscar por su parte, no era diferente a ella. Él también mantenía una relación desde hacía tiempo, y aunque lo ocultara no le haría menos daño a esa dulce niña llamada Alicia, que, por casualidad, al igual que él concurrían al mismo colegio que Martín.

Ya habían cruzado la línea, eran pecadores y compartían su lujuria. Nada los detuvo, ni lamentos ni culpas. Si ninguno hablaba a su regreso, las cosas quedarían en un secreto que solo ellos conocerían. Ese fue el acuerdo mutuo que sellaron ese día. Martín, ignorando la mala pasada que la suerte le avecinaba, seguía con su rutina diaria esperando el regreso de María.

Se despertó contento esa mañana. Su amada volvería al fin. Transcurrió el día de buen ánimo, hasta esa tarde que debía ir a buscarla.

La hora había llegado, estaba ansioso por verla. Encontrándose sentado sobre la vereda esperó a la hora señalada el autobús que la traería de regreso.

Pasados unos minutos la vio llegar y de un salto se acercó para recibirla. Pero no era lo que esperaba, alguien la acompañaba, un joven

rubio bien parecido, era Oscar. Le ayudó a bajar su equipaje, y se retiró rápidamente. La situación le parecía rara pero Martín le restó importancia.

Ella descendió del autobús un tanto distante y fría. No era la misma de siempre, lo saludó y tratando de desentenderse de la situación, le rogó.

María: - ¡Estoy cansada, mejor me llevás a casa!, ¿te parece?

Haciéndole caso a su pedido, Martín, cargó su equipaje, lo colocó en el auto e inició el recorrido.

Conversaban. Ella contándole como lo había pasado y él tratando de interrogar un poco, pero la circunstancia no era la adecuada para hacer una investigación, así que optó por dejarlo para otro momento. Llegado a destino se despidió y se marchó preocupado.

La duda no le permitió dormir esa noche. Esperó el amanecer y temprano decidió llamar a Paola, prima de María, que aún se encontraba en la costa. Ya que con él mantenía una buena relación y tal vez podría revelarle algún secreto.

Al hablar con ella, Martín le dejó entrever que algo sospechaba. Ella respondió diciéndole que María no se había portado muy bien, pero sin darle demasiados detalles. Era todo lo que podía hacer por él, le aseguró.

Esa misma noche, ofuscado por la intriga fue a verla. La esperó hasta que llegara de la escuela, ya que debía hacer un trasbordo de colectivos cerca del colegio donde él estudiaba. La llovizna era intensa, pero de todas maneras se dirigió en busca de la verdad sin importarle mojarse.

Parado allí, al reparo de ese pequeño refugio de chapas la vio llegar, y al descender, de inmediato le exigió una explicación. Quería la verdad sea cual fuera. Por su parte María no era buena guardando secretos y esa situación la desbordó. Decidió confesar todo, se paró frente a él y respirando profundamente le dijo.

María: - ¡Tengo algo que contarte!

Martín rápidamente se imaginó la escena. No se equivocaba con su corazonada.

María: - ¡Pasó algo! Conocí a alguien y pasaron cosas, cosas que no van a gustarte, pero no es mi culpa, todo se dio sin que nos diéramos cuenta.

Martín angustiado escuchó toda su explicación, aunque sin detalles muy embarazosa. Sintió desolación y decepción. Se puso como loco, quería matarla. Pero contuvo su amargura y sólo atinó a insultarla. Ella trató de aferrarse desesperadamente a un puñado de excusas y justificaciones, para que no acabara su presente. Lo que reflejaba ser una pareja feliz y enamorada ahora representaba la muerte de sus sueños y todo por un único culpable, un impulso incontrolado. Martín le reprochó haber traicionado su confianza. La dejó en ese momento, se terminaba la relación. Debía dejar de verla y hablarle. Él siempre la había respetado, no era justo que ella le hiciera eso.

“Yo salía antes por los cortes de luz que había en esa época. Eran las ocho de la noche, más o menos, pero todavía había claridad. Fui a buscarla. Cuando bajó, la encaré. Llovía muchísimo, me mojé todo, pero no me importaba nada, yo ya sabía de lo ocurrido. La prima me había contado. Le debí un favor aquella vez, que, tiempo después tuve que pagar. Pero lo importante es que María lo asumió, valientemente reconoció su error, que había estado con Oscar. No se la pude perdonar. Tenía que dejarla. La quería, al menos en ese momento es lo que sentía, pero la dejé. Oscar iba a mi escuela, era del curso vecino. Yo lo conocía de verlo pasar, no sabía si él era culpable, pero lo tenía que enfrentar”

Sin mirarla, se fue tratando de procesar ese sentimiento rabioso y hostil que ahora sentía por ella.

En los días siguientes, María fue a buscarlo varias veces, implorando perdón, pero él no lo soportaría. ¿Cómo confiar nuevamente en ella? Ya se había quebrado el pacto que tenían y no podría volver a confiar nunca. La rechazó varias veces, no quería volver a verla.

Así transcurrió el siguiente mes, con recuerdos profundos pero con un odio creciente que debía superar, por su propio bien. Dedicó ese tiempo a su pasión que tenía algo abandonada por el entusiasmo de su noviazgo, la cacería.

Viajó al campo en La Pampa en esa oportunidad. Ya que necesitaba estar solo, le sirvió para esclarecer su mente y poder olvidar un poco aquella amarga situación que lo había lastimado tanto. Le había vuelto a suceder. Una nueva lección la vida le daba.



“Dicen que el amor verdadero sólo se presenta una vez en la vida y nunca puede olvidarse, pero es el corazón, quién debe saber que ha llegado”

Capítulo VII *Princesa*

Una vida había acabado, pero eso no era el fin. Sobreponerse sería lo mejor. Solo dos meses pasaron desde su ruptura con María pero debía olvidar y comenzar nuevamente.

Faltando poco tiempo para finalizar el sexto año, los días transcurrían lentos. El colegio abarrotado de alumnos que iban y venían por los pasillos, no evitaba que Martín individualizara entre la multitud a esa hermosa niña de mirada cautivante del curso vecino, con la que tantas veces había deseado tener una razón para encarar algún tipo de conversación. Ante todo siempre antepuso su promesa de fidelidad, había sido su estandarte, pero no lo habían respetado y a esa niña tampoco, ahora de esa manera él era libre de seguir a su corazón.

Alicia, ese era su nombre, y tenía un amor. Él lo conocía muy bien por ser compañeros de escuela en ese momento. Ese amor era la persona que se había cruzado en el camino de su reciente y perdida novia, María, el que se la había arrebatado de sus brazos, el atento Oscar.

La rabia invadía su ser al verlo. Tal vez no por despecho, ya que, después de todo, la culpable era ella, María, por entregarse a otra persona teniendo un compromiso con él.

Pero pensaba, María lo había traicionado y él había decidido dejarla, ¿por qué guardarle rencor alguno? Ya se había alejado y eso era suficiente. Olvidarse sería lo mejor, eso le abriría un camino de liberación para que decidiera con quién seguir su vida.

Así empezó a interesarse por Alicia, dejándose ver frente a sus amigas, buscando algún tipo de reacción que le diera un poco más de seguridad, y así tener un pretexto para hablarle.

“Cuando supe que ella era novia de Oscar, me pregunté, ¿tanta casualidad puede ser? ¿La que me gusta a mí es justo la novia del que me sacó la mía? Parece un trabalenguas, ¿no? Pero era así nomas, decidí sacarlo del medio. Si no entendía, se le iba a complicar, pero entendió rápido. Ahora tenía que ver como llegaba a ella “

Un día, en el horario de entrada al colegio, Martín y Oscar estaban llegando. La suerte los cruzó en esa puerta estrecha que los obligó verse cara a cara. Inmediatamente Martín le reprochó lo sucedido en la costa, pero él haciéndose el desentendido, no se dio por aludido de la acusación que se le hacía.

Oscar: - Te equivocás, te estás confundiendo.

Eso lo enfureció más. En un instante, Martín, sin pensarlo, lo tomó por el cuello y lo tumbó. Oscar era una persona muy elegante, vestía muy finamente, desentonaba con el alumnado. Le daba un aire de soberbia, pero eso no lo salvó de ser humillado y arrastrado por el suelo quedando bastante desarreglado, despeinado y temeroso.

Para su asombro, aunque conocía el motivo por el cual se le propinaba tal zamarreo, escuchó unas palabras que no eran acordes a lo sucedido y ya a este punto se había reunido una multitud de alumnos a su alrededor. Martín le advirtió que se apartara de Alicia desde ese mismo momento. Si la había traicionado, que la dejara, o tendría consecuencias. Ella no se merecía eso.

Todos quedaron sorprendidos mientras veían esa furia en la cara desencajada de Martín, cosa que no era habitual ya que lo conocían como una persona educada y tranquila.

Vacilante, Oscar sin más opciones asintió sin dudar, como asumiendo responsabilidades, y sacudiendo el polvo que había tragado, se

retiró rápidamente del lugar sin mirar atrás, entre las risas y abucheos de los presentes. Esa fue la única disputa y ya no volvieron a cruzarse.

Martín se sentía un tanto más aliviado, se habría al menos liberado de esa angustia que lo reprimía. Pasaron pocos días y Alicia ya se empezó a ver sin la habitual compañía de ese muchacho. La advertencia había sido escuchada. Vaya a saberse con que pretexto Oscar se alejó, sólo ella lo sabe realmente.

Todo marchaba bien, tenía el camino despejado. Ahora todo dependía de él. Debía ganarse su amor como fuere y si él se lo proponía lo lograría. Todo parecía estar a su favor esta vez.

Más tranquilo y relajado, esperaba con muchas ganas los recreos. Se cruzaban con más frecuencia y las miradas fueron en aumento. Ya buscaban crear los momentos y las situaciones para poder verse, pero ninguno de los dos se animaba a un avance mayor.

Se vivían épocas de cortes en el suministro eléctrico, el cual evitaba que la duración de clases se prolongara hasta la noche. Era habitual que al comenzar a oscurecer, dejaran retirarse a los alumnos del establecimiento.

Uno de esos días, a mediados de la primavera, se le presentó una oportunidad única, que no debía desaprovechar. El sol yacía sobre el horizonte, era una tarde rojiza y Martín se dirigía a la puerta de salida del colegio. Ahí la vio. Allí estaba Alicia, pronta a retirarse.

Su guardapolvo blanco contrastaba con su cabello negro y sus ojos reflejaban el cielo. Era hermosa, él podía verlo. No lo dudó, se cruzó cortándole el paso. Ella ante la sorpresiva situación frente a sus amigas sonrió un poco nerviosa.

Él la miro fijamente. Se veía un tanto dudosa, ya que hacía años que concurrían al mismo lugar, y sin embargo nunca habían cruzado palabra alguna. Pero antes de que saliera del asombro se ofreció acompañarla a su casa, y afortunadamente la respuesta fue la que él esperaba.

Martín: - ¿Alicia, puedo acompañarte?

Ella lo miró frunciendo el ceño y un tanto sorprendida asintió positivamente a su propuesta.

Alicia: - ¡Sí por qué no!

Martín: - ¿Vas para tu casa? Yo te acompaño.

Alicia: - Sí voy para allá, me espera mi mamá. ¿Vamos caminando o querés que tomemos el colectivo?

Martín: - Caminando mejor. Así podemos hablar un ratito.

Alicia: - Dale.

Ninguno de los dos dudaba que el destino los hubiera cruzado en ese momento. La tarde templada invitaba al paseo. Caminaron juntos esas pocas cuadras que los separaban de la avenida. Conversaron un poco, de cosas sin importancia, y siguieron hacia la casa de ella.

Martín, se veía intranquilo. Pero su preocupación era otra, venía calculando la distancia a destino, faltaban unas quince calles. Sin duda poco tiempo para conocerla en profundidad y planear su estrategia, pero inesperadamente, ella se le adelanto, le preguntó un tanto suspicaz.

Alicia: - ¿Qué es de tu vida, vos estás con alguien? Siempre te vi solo.

Martín: - Sí, estoy solo.

Fue su respuesta titubeante, ante el asombro de ser avanzado. Se sintió realmente sorprendido. Ya la situación se encaminaba al desenlace que él esperaba.

Realmente lo tomó desprevenido, ya que él venía pensando la forma de plantear lo sucedido con su antiguo compañero, Oscar, pero decidió callar y ver lo que ocurría. De inmediato, ruborizado pero más confiado, Martín, pregunto cómo era la vida de ella.

Martín: -¿Y vos, estás con alguien, tenés novio?

A lo que ella respondió, seguramente conocedora de los hechos transcurridos días antes.

Alicia: - Tenía, hasta hace poco. ¿Ya debés saber que me dejaron sola no?

Seguro de sí mismo, tomó su mano y continuaron caminando. Al faltar unas pocas calles para llegar, el tiempo tirano se había esfumado rápidamente.

El sol ya casi desaparecía y la tarde se cubría de una leve oscuridad. Martín, a tan solo metros de dejarla en su casa se detuvo y enfrentó su destino valientemente, sea cual fuere el desenlace.

Era una zona de casas bajas, fachadas humildes con alambrados y ligustros, calles de tierra empedradas y polvorientas, con zanjones en sus costados, donde algunos perros recostados sobre la vereda aprovechando los últimos vestigios de sol, eran los únicos testigos de ese bello momento.

Para él sin duda un lugar mágico. Se sentía como en un cuento de hadas frente a su princesa. Si quería estar con ella debía jugarse en ese momento. Se detuvo a metros de la esquina, se paró frente a ella, la miró a los ojos y dijo.

Martín: - ¡¿Querés que empecemos a vernos, querés ser mi novia?!

Ella un tanto más baja que él, con una mirada angelical, alzó sus brazos rodeándole el cuello.

Alicia:- Sí, me encantaría, no sabés como me gustás Martín.

Respondió tan segura como él lo quería. Un cosquilleo recorrió su cuerpo. Había logrado conquistarla.

Martín: - Siempre te vi en la escuela, pero tenías novio, jamás me atreví a hablarte. ¿Ves este lugar? Acá mismo es donde va a quedar por siempre la esencia de este amor, pase lo que pase después.

Alicia: - ¿Qué decís Martín?

Martín:- Nada. Que te voy a amar siempre, algún día lo vas a entender.

Ahora apostaba todo su ser a esa niña, que tantas noches le había quitado el sueño. Era suya, toda suya. Una sensación de euforia lo invadió. Se abrazaron durante un momento pero tuvo que despedirse rápidamente. Ya no quedaba tiempo, la noche acechaba.

“Ese instante en el tiempo, un día martes a fines de septiembre, casi en el ocaso, es un recuerdo que llevo conmigo tan claro como si estuviera viéndolo. Juntos, caminamos todas esas calles que nos separaban de su casa hablando de cosas sin sentido. Y de pronto me encontraba yo parado frente a ella confesándole mi amor. Estaba preciosa, vestía un guardapolvo blanco atado a la cintura, con su cabello pasando sus hombros, separado hacia los lados. ¡Cómo la recuerdo! Juro que puedo verla a los ojos en éste momento, esos profundos ojos negros que revelaban sus sentimientos. Escuchar ese sí cuando le propuse que fuera mi novia, lo sentí tan sincero que todavía puedo oírlo. Salió de su boca aquel día para llenarme de alegría”

Alicia: - Martín, “Amor”, me tengo que ir, ya es casi de noche.

Martín: - ¿Te acompaño hasta la entrada?

Alicia: - No está bien, mi casa es acá a la vuelta de la esquina. Podés volver tranquilo voy sola. Nos vemos mañana en la escuela.

Entre miradas cómplices, ella se dirigió hacia a su casa. Él emprendió el camino de regreso. Le quedaban varias cuadras por recorrer en la penumbra, ya que la electricidad no volvería hasta unas horas después, pero ¿qué importaba? Estaba feliz.

Comenzó a quererla desde ese mismo momento, nunca la olvidaría, estaría en sus pensamientos, esa sensación incomparable que llevaría en su corazón esta vez sería para siempre. No se equivocaba.

Los meses siguientes fueron sólo felicidad. Caminatas juntos, encuentros furtivos en horas de clase, miradas intensas al cruzarse en los

pasillos de la escuela, salidas nocturnas con amigos. Todo era maravilloso, se había transformado en un amor puro como él nunca había sentido por nadie.

Transcurridos unos meses de noviazgo, el año ya estaba terminando. Llegó el momento de la fiesta de egresados, esa noche fue cuando la presentó en familia.

Alicia llegó con un hermoso vestido negro, tan negro como sus ojos. Martín vestía un traje azul. Se saludaron, la presentó a sus padres y como cada uno compartiría la noche con sus compañeros de clase, tuvieron que separarse, pero nunca dejaron de mirarse.

Así pasaron los días. Todo parecía soñado. Sus debilidades eran esas largas horas besándose. Él podía ver todo el amor que ella le tenía.

Hubo una salida nocturna con amigos, en la que los besos duraron horas y los dos sentían que querían algo más. Ya se daban cuenta que el amor no se haría esperar.

Tanto lo deseaba que un sábado caluroso de diciembre, tomó la decisión tan ansiada. Era el momento de conocerla en toda su intimidad. Ella le había confesado que nunca lo había hecho antes y eso, aunque lo llenaba de alegría y le daba la oportunidad de ser él quien se lo enseñara, lo hacía dudar en su forma de proceder. No sabía cómo proponérselo.

Pasó a buscarla con su auto entrada la tarde. Alicia lo esperaba ilusionada como siempre. Dieron algunas vueltas, conversaron y en un instante se lo propuso. Quería demostrarle cuánto la amaba realmente. La notó dubitativa pero no vaciló y se dirigió al lugar donde los dos estaban deseando llegar. Ese que sería el secreto de ambos por siempre.

Era un lugar y una situación única de sus vidas. Esa habitación que contenía sus almas ansiosas de pasión, sería su más preciado recuerdo. Un tanto nerviosos entre besos y caricias consumaron su amor. Martín se había dado cuenta que todo lo que sentía por ella era real.

Esa única vez juntos significó un antes y un después en su vida. Lo que sintió al hacerla suya, le había hecho ver la diferencia entre la lujuria y el amor. Estaba con alguien a quien realmente amaba. Él la había elegido. La había hecho mujer. Todo era un sueño, un sueño realizable con la persona más especial de su vida. Allí lo grabaría, profundamente en su corazón. Fue el cruel destino, el culpable de que fuera la única vez juntos de esta manera.



“Cuenta la leyenda que allí, en el lugar donde los enamorados en su primera vez se encontraron, perdurará por siempre, la esencia de ese amor que se juraron”

Capítulo VIII *La encrucijada*

Solo dos días habían pasado de ese sábado soleado y caluroso, que recordaría por siempre. Esa tarde en que Martín y Alicia expresaron incondicionalmente su amor. Aunque él ya lo había vivido antes con María, era diferente para Alicia. Él la había hecho mujer y no podía dejar de pensar en ello.

Había pasado la mañana con sus amigos. Martín llegó a su casa, saludó a su madre como era de costumbre, dejó sus cosas y con asombro, vio que María lo esperaba. Trató de imaginarse que hacía allí, si ya desde hacía un tiempo estaban distanciados.

Pero al ver ese rostro que reflejaba váyase a saber si ansiedad, asombro o ironía, un sabor amargo corrió por su boca, un mal augurio lo envolvía. De todos modos, no se hizo esperar la razón de la visita y la sorpresa no fue placentera. Ella lo llevó fuera, lejos de las miradas de curiosos y el misterio se reveló.

María: - ¿Cómo estás Martín?, tenemos que hablar, vengo del médico, tenemos un problema.

Martín: - ¿Cómo tenemos? ¿Cómo un problema?

Exasperado, sus rasgos se desfiguraron, su cara expresaba incertidumbre. No entendía de qué le hablaba.

María: - Estoy esperando un hijo tuyo Martín, me acabo de enterar.

Él, replicó abrumado por la situación, sin salir de su asombro.

Martín: - ¿Qué es lo que estás diciendo?

Ella, volvió a repetirlo, aunque con más énfasis.

María: - Estoy esperando un hijo tuyo. ¡¿No me escuchaste?!

Aunque ella era una persona sumisa y muy amable, en ese momento salida de sus cabales, dejó ver una reacción que descolocó a Martín. Alterada comenzó a increparlo.

María: - Me dejaste y mirá como estoy ahora. ¿Qué voy hacer sola? Todo es tu culpa.

Martín, inmóvil, sin palabra, vio en ese momento la vida entera pasar frente a sus ojos. Esa tarde de verano se tiñó repentinamente de sombras y un sudor frío corrió por su frente. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había sucedido? Se preguntaba.

¿Era solo un sueño del que despertaría de un momento a otro? ¿No estaba ocurriendo en realidad? ¿Cómo era eso posible?, En sí, era posible. La última relación que había tenido con ella no pasaba de unos cuatro meses.

Martín: - ¿Cómo sabés que es mío? ¿Te olvidaste ya de Oscar?

Respuesta inadecuada. Recibió una bofetada que lo hizo entrar en razón inmediatamente.

María: - ¡Yo sé que es nuestro o qué te pensás!

Un tanto alterado, pensó en Alicia. Aunque breve el tiempo que estaba con ella, ese romance había invadido todos sus sentidos. Era el amor de su vida, la persona que lo llenaba de dicha. La amaba realmente, lo sabía, y todo se desmoronaba frente a sus ojos en un instante.

Se encontraba en una encrucijada. ¿Qué haría? Volver con la madre de su futuro hijo y acompañarla sería lo correcto, pero a su vez, eso implicaba abandonar su logro más feliz, Alicia.

El destino le estaba jugando una mala pasada. Tenía que resignar sueños por responsabilidades, creyendo que de esa manera acompañándola, estaría haciéndose cargo aunque ya no sintiera nada por ella. Eso sería lo más sensato.

María sabía lo que hacía y muy segura de sí misma, apoyó su estado con estudios médicos que traía consigo, corroborando la situación y disipando cualquier duda al respecto.

Pero él, ansioso y desesperado, trató de digerir lo que estaba ocurriendo, viendo la manera de entender qué había pasado. Abrumado, tendría que resolver su vida en breve tiempo, ya que en un par de meses sería llamado a incorporarse al ejército y no dispondría de total libertad.

“¿Qué debía hacer? ¿Volver? Eso era lo correcto seguramente. Siempre traté de hacer lo correcto, sin embargo viéndolo ahora .Elegí mal esa vez.”

María tomó sus cosas y acongojada se marchó, dejando a Martín la difícil decisión de volver o no a estar juntos. Por otra parte, ¿qué ocurriría con Alicia? ¿Debía decírselo? Pero, ¿cómo hacerlo? Habiendo estado por primera vez íntimamente juntos, sintiendo sus cuerpos solo días antes, con todo el amor que sentía por ella ahora, llevarla a un alejamiento repentino y si razón no era su intención.

¿Qué le deparaba la vida ahora? ¿Por qué le pasaba esto? ¿Cómo entendería ella? Y, ¿Cómo él sería capaz de lastimarla de esa manera?

Durante los días siguientes, trató de mil formas encontrar una respuesta. Pero era engañarse a sí mismo. No la había. Él vivía en casa de sus padres. Ellos, ignorando lo que ocurría, lo veían actuar diferente, un tanto preocupado. No pudieron ofrecerle ayuda o contención alguna. Cargó con todo eso solo, era su responsabilidad, de nadie más. Estaba decidido, debía regresar con María y enfrentar el problema.

Se acercaba el fin de semana. Alicia, ignorando la compleja situación que se desarrollaba y que en breve la afectaría, recibió su llamado con total alegría como era habitual. Iba a verlo después de haber pasado toda la semana pensando en él, extrañándolo, ya que habían terminado de cursar y las salidas no eran diarias como semanas antes. Quedaron en encontrarse el sábado en la plaza.

Al despertar esa mañana, Martín repasó sus opciones mil veces, pero no encontraba salida alguna. Almorzó con su familia y, al llegar la tarde, se dirigió a la plaza. Se enfrentaría con su destino, ese viejo rival que siempre lograba derrotarlo.

Era una tarde de diciembre con aroma a melancolía. Empezó su camino, esas cuerdas que los separaban se hacían eternas. Cabizbajo y deprimido con la mirada perdida iba pensando como decirle.

Ella lo esperaba, sentada en un pequeño banco de madera que adornaba la plaza. Esa plaza que tantas veces habían recorrido juntos, llenos de felicidad y que años más tarde la recordaría como el lugar que robó sus sueños.

Martín se acercó, lentamente, como si pudiera retrasar el tiempo, quería contemplarla un momento más. Ahí la vio, ahí estaba Alicia, esos hermosos ojos que siempre fueron su debilidad, que inspiraban en él los más profundos sentimientos lo estaban viendo ahora, llenos de ilusión.

Veía su cabello negro dejando asomar parte de su angelical rostro. Quería grabarse esa imagen para recordarla por siempre, se veía tan hermosa. Era su princesa. La contempló en silencio y pensó por un momento en lo que iba a decirle. Ella, contenta de verlo, lo saludó con un beso. Esos besos que tanto le gustaban. El último que recordaría por siempre. Levantándose de ese pequeño banco lo abrazó, estaba muy feliz al poder estar juntos una vez más.

Lo notó raro, un tanto abstraído, lo conocía y no era la misma persona. Se sentía distante y frío. Su intuición algo presentía, Martín tomó sus manos y alejándolas de su propio cuello, la miró fijamente.

Se quedó en silencio y pensó por dentro, ¿cómo decirle? ¿Mentirle? ¿Romperle el corazón, habiéndole prometido tantas veces que nunca la lastimaría? El compromiso que tenían sería eterno, él le había jurado. ¿Cómo seguir sin ella?

¿Que hacer? Era la pregunta que retumbaba sin coherencia en su cabeza. Para ser honesto sabía que hacer, a eso había venido, pero quería cerrar sus ojos ante la decisión que representaba la muerte de sus sueños.

Acobardado por lo que sucedería pero resignado, dejó salir de su labio esas palabras que destruyeron en un segundo, todos los logros y proyectos que tenían juntos.

Martín: - Alicia... no sé como decírtelo, ya no podemos seguir, no se si realmente te quiero, antes que esto se complique más, tenemos que separarnos.

Alicia: - ¿Qué me estás diciendo Martín? ¿Qué es lo que pasa? Yo te amo, vos lo sabés. ¿Cómo que no podemos seguir?

Con la mirada fija en él, Alicia esperaba alguna explicación, algo que le diera a entender el porqué de esa decisión. ¿Él realmente no la quería? No podía ser cierto.

Martín le dijo que no era su culpa, que las cosas eran así. Sólo quería dejarla porque no sabía si realmente sentía algo por ella. Fueron todas sus explicaciones. La tomó por sorpresa, ella no entendía bien lo que sucedía. Pasar del amor al olvido en este breve tiempo, no podía entenderlo.

“No puedo olvidar su cara al escucharme decirle que iba a dejarla. No sé cómo pude hacerlo, no me lo explico. ¿Cómo pude negarle que la quisiera? Yo la amaba. Nunca estuve tan seguro de algo en mi vida. Estaba plenamente enamorado de ella, pero, ¿qué le iba a decir? Era mi realidad. Una locura, lo sé, ¿diferente habría sido si le decía la verdad? Nunca voy a saberlo. Jamás pude perdonármelo. La vi irse con su corazón roto, guardándome la verdad. La verdad que siempre fue una mentira. Estaba soportando todo solo. Pero ahora que lo pienso, tendría que haberle planteado la situación y que ella decidiera”

¿Cómo era eso posible?, pensó Alicia. ¿Había jugado con ella? ¿La había usado para vengarse de María al haberlo engañado con Oscar, su antiguo compañero? Pensó mil cosas pero no encontró razón alguna que desencadenara tal final.

No sabía si lo que habían pasado días antes, entregando su cuerpo y todo su amor a alguien en que ella confiaba ciegamente, habría sido un

error o tal vez eso fuera la causa de su separación, ¿no habría sido como él esperaba?, ¿no le habría agradado estar con ella?

Mil cosas daban vuelta por su cabeza. Alguien que la amaría y la respetaría por siempre la traicionara de esa manera cruel y sin sentido no tenía explicación.

“Pensó que yo la busqué para vengarme de Oscar. Esa fue siempre su idea, la imagen que guardó de mí por siempre. Casualidad o causalidad tal vez puede ser, pero no venganza. Cuando la conocí, me enamoré perdidamente, lo juro. Había cambiado mi mundo, creí que iba a ser mi amor eterno”

Alicia, entre una sensación de asombro y vacío, vio cómo el paisaje la envolvía en una especie de gigantesco abismo del que más allá no existía nada. Preguntó ¿Por qué? ¿Por qué? Mientras lágrimas inconsolables afloraban de sus ojos. Pero era una persona fuerte, siempre lo fue. No lloraría delante de él. Guardó todo ese dolor para sí. No iba a dejar ver su tristeza tan fácilmente, él no la merecía.

Tenía que conocer la razón de este alejamiento, pero Martín, convencido de su actitud no vaciló, insistió con su anterior respuesta, de la cual seguramente se arrepentiría cuando se diera cuenta de lo que había hecho, aun así solamente calló.

Alicia, resignada y acongojada por la tristeza que la invadía, no volvió a emitir palabra alguna. Se encontraba sola, rodeada de sus miedos y de los pedazos esparcidos de sus más preciados sentimientos. Se derrumbaban sin esperanza y sobre todo sin piedad, así de repente, las promesas y palabras de ese ser que era su todo. Aunque no lo quisiera era el fin, ¿qué podía hacer? Lo que ella quisiera nada cambiaría y, sólo con un adiós, lentamente se marchó de allí.

Martín sentía que su corazón se desgarraba junto al de ella, el daño que había hecho ya no tenía reparación, solo quedaba un hueco en ese sitio en el que hubo sueños y añoranzas. Pero había mostrado su carta, ya el juego estaba decidido. No habría vuelta atrás.

Sin dejar de contemplarla caminando bajo las sombras de esa frondosa arboleda que rodeaba la plaza, la vio alejarse. Se desvanecía su amor, se marchaban sus esperanzas en una mentira, tal vez necesaria tal vez orgullosa, pero en esa imagen triste y desoladora se perdían todos los soñados encuentros que habían compartido, quedando envueltas en la bruma del recuerdo todas sus promesas. Fue aquel fatídico día el que marcaría su vida para siempre.

Esa noche lloró en soledad, como nunca antes lo había hecho. Durante varios días no dejó de pensar en ella. El ingreso al ejército casi un mes después, terminó de romper sus ilusiones de volver a verla.

Prisionero involuntario. Ya prácticamente sin libertades de acción, desde allí dentro ni siquiera pudo llamarla telefónicamente. La perdía para siempre.



“Lo correcto, es siempre lo correcto, hasta que en un momento, la vida te demuestra que deberías haber hecho lo contrario”

Capítulo IX *El engaño*

Dolido por su pérdida, Martín retomó su relación con María, aunque ya no era como antes. El amor ya no los unía, sólo el compromiso. De todas maneras sintió empatía y trato de sobrellevar la bronca y el dolor que lo atormentaban. Había perdido a su amada pero debía sobreponerse y afrontar la situación venidera con valentía, era su responsabilidad.

Ya transcurrido un mes de su decepción, debía incorporarse al ejército, preocupación que no lo dejaba dormir, pero no le quedaba otra opción que hacerlo.

Los tres primeros meses no tuvo contacto con el exterior, y su primera visita fue emotiva. Reencontrarse con su familia nuevamente, aunque fueran unas breves horas lo reconfortaba. Le hacía mucha falta sentirlos cerca.

Al ver llegar a sus padres, vio con sorpresa que María venía con ellos. Nada habría hecho saber María a su familia sobre la situación que atravesaban. Disimulando se saludaron. Ella expresó sus deseos de verlo. Conversaron un rato y prometió esperarlo fielmente a cuando saliese. ¿Podía él creer eso? ¿Podía confiar en ella más aún estando encerrado? Seguramente no.

La vida allí dentro no dejaba de ser monótona y sacrificada. Levantado a las cinco de la madrugada, las labores que realizaba en oficinas internas se llevaban todo su día hasta entrada la tarde. Luego la cena y dormir para arrancar de madrugada al otro día.

Pasado otro mes, al llegar nuevamente el día de visita, María vino a verlo pero no con su familia. Llegó acompañada de un amigo mutuo que

la había alcanzado. Traía noticias, buenas o malas serían desde el punto de vista con que se las viese.

Hablaron un largo rato. Él quería saber cómo era su estado, cómo se sentía, pero lo que ella había venido a decirle era que todo había sido un error. Quería sincerar la situación, pensando que al estar ya con él todo se aclararía y seguirían juntos.

Quería decirle que en realidad no estaba esperando un hijo suyo como hubiera querido. Todo fue un acto desesperado para volver con él. No se le había ocurrido otra forma de hacerlo, una forma cruel y maliciosa de jugar con la vida ajena y los sentimientos.

Sentados en ronda, en el patio compartiendo algo de comida, María se lo confesó. Le pidió perdón por haberle mentido pero lo creyó necesario. Toda la carga que Martín había soportado durante ese tiempo, esa angustia, todo ese sufrimiento había sido un engaño. Sentimientos encontrados lo invadieron, alivio, impotencia, dolor. Todo debió procesarlo en un momento.

Se levantó del suelo, de ese lugar que oficiaba de patio para visitas y sin mediar palabra alguna, se fue de allí con una sonrisa en su rostro que dejaba ver el alivio que sentía.

María se quedó sorprendida. Lo vio irse sin despedirse siquiera. Él estaba en todo su derecho, ella había actuado pésimamente. No sólo lo había traicionado tiempo antes, si no también le había mentido sobre una situación tan delicada. La reacción de Martín fue adversa a como ella esperaba. Así, sin más, dándose cuenta del error cometido, se retiró del lugar, cargando su culpa para ya nunca volver.

Él, por su parte trató de entender, ¿cómo fue capaz de eso? Pero todo se había aclarado. Era libre nuevamente. Podía regresar con su amada Alicia, podía volver a buscarla, al menos eso pensaba. Pero existía un problema, ¿cómo hacerlo? Él saldría de licencia recién en dos meses.

Se le ocurrió una idea. ¿Por qué no escribirle? Ella seguramente entendería, así fue que tomó una hoja de papel un tanto arrugada y un lápiz negro, de sólo eso disponía para explicarlo todo. Inmediatamente comenzó con entusiasmo el relato.

“Princesa, mi amor. Sabés que no me gusta escribir, pero éste caso lo amerita, además desde donde estoy no puedo llamarte. Te cuento que en pocas semanas voy a salir por unos días y no tengas dudas que el primer lugar al que voy a ir es a verte, lo necesito.

Creerás que me volví loco, pero tengo que confesarte una verdad. No fue cierto lo que te dije en la plaza. Yo te sigo queriendo como antes y aún más, tuve que negarlo por que María me mintió, me engañó, me dijo que estaba esperando un hijo y tuve que volver con ella. Todo fue una cruel mentira, lo supe ayer cuando me visitó. Ya te voy a explicar en detalle pero quiero que lo vayas sabiendo. Te extraño muchísimo y nunca deje de hacerlo, tengo muchas ganas de verte. Me gustaría que aceptes salir conmigo aunque sea esta última vez y me des la oportunidad de contártelo todo. Por esa razón te escribo. Cuando te llegue esta carta pensá en mí, como en vos lo hago yo ahora y lo hice siempre, jamás dejé de amarte espero que me entiendas tenía que tomar una decisión, no tenía opción. Creí estar haciendo lo correcto, por esa razón volví con ella. Te quiero muchísimo”

Martín

Eufórico, cerró su sobre, lo hizo sellar en la oficina postal y sólo le restaba dirigirse al correo interno. Era viernes, notó que tendría que esperar al lunes para enviarla. Eso no le molestó, nada le quitaría la alegría que sentía. Esa noche en su barraca Martín era feliz. Permaneció despierto hasta de madrugada imaginando como sería el reencuentro.

Amaneciendo el sábado, lo sorprendió una buena noticia. Se le permitiría salir de franco por el fin de semana, serían cuatro días donde parcialmente sería libre y no habría necesidad de enviar su carta. Podría explicarlo él mismo. Hacía ya cinco meses que estaba en ese encierro, lo

necesitaba. Por una vez la suerte parecía estar de su lado. Se dirigió a su armario, rápidamente cambió de ropa y se aprontó a la salida. De sólo pensar en el reencuentro con su amada, estaba lleno de esperanzas.

Después de un corto viaje, llegó a su casa, saludó a su familia, pero no quería demorar más. Tomó el auto y se dirigió a casa de Alicia, llevaba en su bolsillo la carta que aclararía todo lo ocurrido, para entregársela en mano y de una vez por todas, retomar su relación tan especial, que había sido interrumpida abrupta e injustamente por el engaño de una mujer despechada.

Era de tarde ya. Ansioso llegó a casa de Alicia. Bajó rápidamente del vehículo. Encontrándose parado frente al portoncito de rejas bajas donde tantas veces había ido a buscarla, esperaba anhelante que ella respondiese al llamado del timbre. La calle a medio asfaltar, con algunos chicos jugando con una pelota y utilizando los montículos de tierra como arcos, lo distraían por un segundo.

Alicia al oír el llamado sin saber quien sería se levantó y se acercó a la puerta. Martín sentía que ese minuto qué se demoraba en atender se transformaba en horas, la vio acercarse por el angosto pasillo. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verla después de tanto tiempo, era un sueño estar nuevamente a su lado. Pero ella se quedó sorprendida y tomando cierta distancia luego de un gélido saludo, le preguntó.

Alicia: - Tanto tiempo.... ¿Qué te trae por acá?

Se sentía agobiado por la triste recepción, sintió que su corazón se detenía, solamente atinó a decirle.

Martín: - Disculpame que vine así de repente. Tengo cosas realmente importantes que contarte. No hubiese venido sino fuera así.

Alicia: - ¡Martín estás loco! Ya no puedo verte, estoy con alguien, ¿como vas a venir después de todo este tiempo? Me dejaste, ¿no te acordás? ¿Así venís como si nada? Ya es tarde....muy tarde.

La triste realidad lo golpeaba sin piedad. El tiempo tirano no lo había esperado, le había robado sus ilusiones. Inocentemente creyó que todo sería igual al cuento de hadas del que alguna vez fueron protagonistas.

Su cara cambió de repente, sus rasgos se deformaron, su sonrisa se desvaneció tan rápido como sus esperanzas. Martín la había abandonado a su suerte, la había lastimado, él lo sabía ¿Cómo esperaba que lo recibiera?

Alicia se tomó sólo un momento más para darle la estocada final a su corazón. Le confesó haber sufrido mucho por lo que él hizo. Tuvo esperanzas al principio de que volviera, pero pasado el tiempo ya había encontrado consuelo en alguien más, alguien que ahora la amaba, quién la ayudó a sanar tan profunda herida. No había nada de que hablar. Y dándose la vuelta se alejó, dejándolo sólo con su pena.

¿Debía insistir, implorar que lo escuchara? Simplemente poniéndose en lugar de ella decidió callar. No podría hacerle daño nuevamente, si ella era feliz ahora. Afortunado debía considerarse el hombre que era dueño de su amor. La vida le pagaba con la misma moneda que él utilizó tiempo antes.

“Aunque no me dio tiempo a explicarle, me contó que ya había alguien más, que ya estaba comprometida. Destruyó en ese momento todas mis ilusiones, yo no quise dañarla nuevamente y callé. Como me arrepiento ahora de no haberle contado la verdad, aquel día en la plaza. Me daba cuenta que la había perdido para siempre”

Con sus sueños destrozados por tanta desdicha, intento seguir la voz de su corazón, ser fiel a sus convicciones. Haría valer la pena cada lágrima que derramó mientras relato ese escrito, la dignidad al menos debía conservarla. Se marchó con su carta sin entregar. No había segundas oportunidades, aprendió ese día. Nunca pudo superarlo. Buscó en cada mujer que la vida cruzara en su camino la esencia de Alicia, pero eso no fue posible. Esa herida la llevó por siempre.

Quedándole cuatro días de permiso aún y mucho dolor, decidió viajar al campo, su lugar en el mundo, a encontrarse consigo mismo, donde en

esos días, una fría noche mientras acechaba su presa, ocurrió un hecho que cambiaría la esencia de su amor. Trepado sobre ese viejo árbol que hacía de apostadero, tallaría en su corteza su recuerdo. Ese árbol, desde el cual sentado en su copa podría ver iluminado por la tenue luz de la luna, esos dos nombres que le recordarían siempre cuán feliz había sido. Así es como fue.

Es la primer noche, como de costumbre después de comer, Carlos prefiere apostarse en el molino, un lugar bastante claro desde donde se divisa muy bien la aguada aún sin luz. Mi preferencia es estar sobre ese viejo caldén, compañero de emociones.

Lo convencí esta vez de elegir el árbol, estaríamos juntos. Dejamos el vehículo lo más distante posible del lugar de caza. Me detengo cerca de un kilómetro antes de llegar, tomo mis pertrechos, mi fusil, mi compañero hace lo mismo y emprendemos la caminata de una media hora.

Llegado al lugar, me trepo como un gato sobre las ramas, hasta alcanzar la copa. Siguiéndome con un poco más de esfuerzo, Carlos logra hacer lo mismo.

Disponemos de un cómodo lugar sobre tres robustos troncos que forman una especie de asiento. Diviso desde ahí entre las abundantes y espinosas ramas un claro que me deja ver el bebedero. Acomodándonos nos ubicamos a unos metros uno del otro.

En uno de los movimientos, algunas palomas se espantan y emprenden el vuelo. Escucho un ruido sobre el suelo. En la semipenumbra algo se desliza a unos metros de donde estoy. Va, viene no puedo verlo. Debe ser una víbora, o una rata de campo, pienso. Ya son las once en mi reloj. La oscuridad es total. Puedo escuchar el sonido del silencio.

La luna comienza a aparecer y entonces logro oírlos. Una piara de lechones y chanchas de a poco rodean el bebedero. No puedo ver, ni mucho menos cazar, tampoco mi compañero desde su posición, ya que la luna sólo es un leve resplandor aún.

Los jabalíes tienen un oído y un olfato muy superior al de los seres humanos. Pueden atacar, aunque rara vez lo hacen, pero no distinguen bultos a más de cinco metros.

Pienso en bajarme del árbol para poder apuntar mejor, el problema es que ahora algunos se acercan. De pronto el viento cambia. Una brisa sopla desde atrás y segundos después, los animales se retiran dejando solamente una polvareda.

Un par de horas más, sin novedades. Para las dos de la madrugada había escuchado los ruidos más variados pero visto poco. La luna se asoma por detrás de las nubes y muy despacio, comienza a despejarse el claro permitiendo totalmente la visión del bebedero.

Siendo las cuatro, el frío es intenso, no siento las manos. Por un momento me pierdo en el recuerdo, aquel que siempre me lleva a las lágrimas pensando en ella una vez más. Cierro los ojos y juro que puedo verla.

Ya dormido. Carlos me pregunta la hora despertándome de un trance profundo. Son las cinco de la mañana le digo. Por un segundo, cierro los ojos como queriendo envolverme nuevamente en esa visión, estaba con Alicia, mi amor. Pero el momento se había quebrado.

En ese instante la claridad de la luna iluminaba un lateral de una gran rama. Tomé mi cuchillo y armoniosamente tallé nuestros nombres en ella, dentro de un corazón, lo hice poco a poco, cuidando cada detalle. Queriendo que este caldén, sea el perpetuo testigo de la esencia del amor, tal vez presagio del sueño que había tenido momentos antes.

Me quedé un largo rato contemplando mi obra. Acordamos quedarnos un tiempo más, de no ocurrir nada nos iríamos. Las nubes vuelven sobre la luna y la luz cae, la visibilidad disminuye casi a cero, la oscuridad cubre el claro.

Decidimos bajar de allí, e ir hacia el puesto. Comienzo a descender, se quiebran algunas ramitas con mis botas y el estampido de algunos pájaros que asustados, cortan la paz nocturna.

Carlos detrás de mí hace lo mismo. Una vez en tierra juntamos las pertenencias y emprendemos el camino hacia la camioneta. Sin haber tenido suerte en esta cacería, nos retiramos derrotados por el espeso monte y el cruel clima. Otra vez será.



“Destino, ese viento con el que navega el barco de los sueños en los mares del amor”

Capítulo X *Prisionero*

La vuelta al cuartel después del permiso, lo colocaba nuevamente en la triste realidad. En el campo pudo mimetizarse con el entorno para apaciguar su dolencia, destrozado por el revés que había sufrido, al no corresponderse su amor. Alicia lo había devastado. Ahora estaba allí, solo, a la deriva, en ese encierro que se prolongaría por un año más.

En cada permiso de salida que se le otorgaba, no desaprovechaba oportunidad para salir con sus amigos. Ya no era el mismo, no podría volver a enamorarse, no más. Si conociera alguien no comprometería sus sentimientos, disfrutaría mientras durara.

Transcurrido un año y ocho meses desde su incorporación al ejército, le llegó finalmente la baja del servicio. Era el momento tan esperado. Recuperaba su vida, su libertad.

“Toda una vida pareció. Cada vez que salía de permiso aprovechaba y salíamos a bailar con mis amigos, siempre con la esperanza de encontrarla en algún lugar. Siempre tuve esa ilusión. Después de un tiempo, por medio de una amiga, tuve la noticia de que se había casado. Eso me dolió mucho. Ya la había perdido para siempre, no volví siquiera a verla“

Así conoció algunas jóvenes, nada serio resultó de ello. La que recordaba ya que la relación duro más de un año fue Alejandra. Una chica que recién comenzaba su carrera en el espectáculo.

Encontrándose una noche con amigos, parado en la barra del boliche, ya que Martín rara vez bailaba, vio que ella lo observaba sentada sobre la escalera que subía al segundo piso. La miró mientras terminaba su trago, en sus pensamientos recordaba esa misma escalera que traía a su mente

recuerdos, pero trato de no pensar y ya con ímpetu se le acercó, sentándose a su lado comenzó a hablarle.

Allí la conoció. Todo comenzó como algo pasajero, pero al haber tomado la determinación de no involucrarse demasiado en una nueva relación, por miedo a salir lastimado, logró el efecto contrario. La charla se tornó divertida. Ella se sentía extraña en ese lugar, él con chistes y anécdotas le cayó muy bien y la acompañó esa noche.

Se encontraron al día siguiente en casa de la prima de ella, la atracción era mutua. Se dijo, ¿por qué no intentarlo? Martín estrenaba compañera nuevamente, esta vez sin expectativas dejaría que todo fluyese.

Estaba con una hermosísima mujer ahora, él lo sabía, pero Alejandra no comprendía que la belleza no era lo que él amaba, era Alicia, en todas sus formas. Eso causaba cierto recelo en la relación. Varias veces lo habían conversado, ella decía comprenderlo pero la veía realmente como un obstáculo para llegar a formar una verdadera pareja con él.

“Conocí a Alejandra en un boliche. Ella era de Santa Fe. Ese día había venido a bailar con su prima. Fui a hablarle porque estuvo largo tiempo mirándome. Después supe que había hecho una propaganda y era modelo para fotos o algo así. Le propuse salir. La relación duro casi dos años. Creo que llegué a quererla, pero no se aguantaba que yo viviera siempre en mi pasado. La veía casi todos los fines de semana. Viajaba para verme, durante la semana hablábamos por teléfono varias veces. Pero se terminó cansando. Fue mi culpa, yo seguía enamorado de Alicia y no se lo ocultaba. Un día así sin más decidió dejarme. Durante un tiempo llegué a extrañarla. Aún conservo fotos nuestras. Mis únicos recuerdos de ella. Lamento no haber podido quererla como ella tal vez se lo merecía“



“Nunca subestimes al pasado, pues es él, quien escribe tu futuro”

Capitulo XI *En un tiempo sin tiempo*

Es grato haber revivido esos bellos recuerdos, uno a uno, en detalle, y más aún, sabiendo que la vida me ha dado otra oportunidad. Quizás para resolver esta cuenta pendiente que llevo en mí hace largo tiempo. Pero a veces es mucho mejor cargar el recuerdo de haber amado y perdido, que volver a intentarlo y no ser correspondido. Donde la pena es mayor porque se pierde la ilusión de ser querido aún.

Durante el verano, sentado frente a mi computadora, veo con un cierto asombro que Alicia, mi amada Alicia. Me ha dejado un mensaje. No sé aún de qué manera pudo localizarme, pero eso no es lo importante ahora. ¡Qué sorpresa! Me dije, ya que en todos estos años sólo la he encontrado unas veces, pero no he cruzado más que algunas palabras.

Debo confesar que sentí intriga, quise siempre saber de su vida, pero no me atreví a hablar con ella de nuestro pasado. Mucha pena sé que le he causado, temiendo que sintiera recelo por eso, jamás tuve el coraje de mirarla a los ojos y preguntarle que sentía al verme. Pero el deseo de poder revivir el pasado es más poderoso.

A veces nos vemos con Carlos por la tarde y salimos a tomar algo. En esta oportunidad le mando un mensaje y me responde que pase por casa de la madre, ahí se encontraba.

Llego, y él barriendo la vereda bajo los álamos que en verano cubren la calle de hojas, me saluda.

Carlos: - ¿Qué haces? Flaco, como va todo.

- ¿Sabés quién me mandó un mensaje?!

Carlos: - ¡Para que andes con esa cara de estúpido debe ser una mina!

- Mmmmm. Dale boludo pensá.

Carlos: - Dejame ver ¿Alicia?

- ¿Cómo sabías? ¿La viste en mi muro?

Carlos: - Qué muro, boludo. Yo no tengo ni idea de la cibernética.

- ¿Cómo te diste cuenta?

Carlos: - Boludo, es evidente. ¡Esa mina siempre te pudo mover el piso!

Sin duda mi forma de actuar en el pasado dejaba a simple vista, todo el amor que yo sentía por ella.

En unos de los mensajes que cruzamos con Alicia, dejé a la vista que mis sentimientos nunca cambiaron hacia ella. Debo admitir que fue muy cordial conmigo, ya ha pasado mucho tiempo desde aquellos sucesos. Olvidarlos creo que nunca, pero espero me haya perdonado.

Su contacto despertó cierta curiosidad en mí. Nos contamos un poco nuestras vidas. Pero las palabras no son palabras sin su dulce voz, tenía que escucharla. Con un poco de insistencia de mi parte me ha dado su teléfono y la llamé.

Dicen que el pasado solo regresa una vez a buscarte, así que decidí tomar el riesgo. Los mensajes y las charlas se fueron incrementando con el correr de los meses.

Recuerdo haberle insistido en varias ocasiones de llegar a un encuentro, donde pudiera hablar con ella y expresarle algunas cosas que guardé durante todos estos años, y preguntarle otras tantas que siempre desee saber. Pero reticente, evadía mis ofrecimientos.

Llegó a contarme que se encontraba sola desde hacía un tiempo, que tuvo que alejarse de su esposo luego de muchísimos años de matrimonio,

por causas que desconozco aún. Me puse a su total disposición para ayudarla en lo que fuere, es así que conversamos muchas veces sobre el tema.

Le conté partes de mi vida, pero más allá de eso yo solo quería verla. Le propuse un encuentro, sin miramientos ni condiciones, sólo que nos viéramos. No le agradaba mucho la idea, sin embargo, ante tanta insistencia. Llegamos a concretarlo con el fin de hablar un poco y saber más de nosotros. Sin embargo la alegría de ese encuentro se la debo a una amiga muy cercana a ella, su confidente, como seguramente todos tendremos. Mary hizo posible este encuentro, aún sin conocerme depositó toda su confianza en mí, pues Alicia tomaba muy seriamente sus consejos, me enteraría después.

Salimos una noche. La idea era comer algo en algún lugar un tanto alejado. Luego de los arreglos necesarios, la pasé a buscar. Al verla llegar no existe palabra que exprese lo que sentía, me invadía una sensación inexplicable.

La tenía allí, en ese mismo instante quería besarla, abrazarla, como soñé todos estos años, pero no sería un buen comienzo, no era lo correcto. ¡Lo correcto! (Hacer lo correcto me alejó de ella la primera vez) ¿Debería repetirlo? O debía escuchar a mi corazón y actuar en consecuencia. Pero después de todo reprimí mis sentimientos, me comporté como un caballero. Solo la saludé e invité a subir.

Alicia: - ¡Mirá Martín no estoy segura de esto!

- No tenés de que preocuparte. Disfrutemos de este encuentro.

Alicia: - Tengo un nudo en el estómago, estoy nerviosa.

- No estés mal, solamente vamos a dar un paseo.

Era una noche calurosa de abril, para distender el momento nada mejor que música de nuestros tiempos. Estaba hermosa, la miraba deslumbrado.

Alicia: - Esta música era de cuando éramos jóvenes, hace mucho que no la escuchaba. Te acordás, todavía conservo un casete que vos me regalaste.

- Me acuerdo, que lindos temas sonaban en esa época, ¿todavía lo escuchas?

Alicia: - no se si funciona, pero sí, lo tengo guardado.

Cruzó sus piernas dejando ver toda su belleza, su corta falda combinaba con sus botas negras. Seguía siendo mi princesa, tal como la recordaba.

- ¡Estas hermosa, tal como te recuerdo!

Alicia: - No mientas. ¡Vos sí que estás igual, no cambiaste nada!

- Gracias. No se si es cierto los años pasan. Pero gracias igual.

- ¿Dónde vamos?, te dejo elegir.

Alicia: - Vamos a algún lugar, pero no sea por acá.

Al verla intranquila no sabía exactamente cómo proceder. Tampoco yo quería que alguien nos viera o sería un problema para ambos, ya que notaba un grado de persecución en ella. Pero no quería opacar el momento, así sin más preguntas partimos de allí con la idea de cenar. Conocía un sitio en las afueras, donde seguramente nadie nos reconocería y podríamos conversar tranquilos.

Un poco nerviosos los dos, nos encontrábamos hablando de viejos sucesos, las circunstancias dominaban el encuentro. Las luces provenientes del exterior, tajaban la oscuridad que se vivía dentro del vehículo. Sólo unos minutos pasaron, no pude resistir más y le tome su mano, solo le tome su mano, quería ver su reacción.

Me observó en silencio, podía ver tristeza en sus ojos, sentía que algo quería decirme pero se detenía al intentarlo, así permanecimos mirándonos sin decir palabra alguna. La temperatura descendía, los vidrios empañados le daban un aspecto invernal a la noche. Ella tomada de mi mano, con una mirada vacilante perdida en el exterior viendo los autos pasar, váyase a saber que se encontraba pensando.

Al llegar, encontramos un lugar tranquilo, ya se notaba un poco mas relajada cómo disfrutando de la situación. Nos detuvimos permaneciendo dentro del vehículo en el estacionamiento, bajo la luz de la luna, esa misma que en tantas noches de soledad en el monte, dejaba ver el recuerdo de nuestro amor en la corteza de ese viejo árbol. Lo que daría porque ella pudiera verlo, pensaba.

Decidí que sería el momento oportuno de que lo supiera. Le relaté la noche en que tallé nuestros nombres, en ese corazón que sería testigo perpetuo de nuestro amor y la razón de haberlo hecho. Se emocionó muchísimo al escucharme. No podía creer que fuera verdad.

La charla fue intensa, hablamos durante largo tiempo, recordando situaciones vividas. El día que la lastimé, alejándola de mí, cuando regresé a buscarla y ella me rechazó. Eso se lo reproché, pero con justa razón me dijo.

Alicia: - ¡Sí vos me habías dejado! ¡Me abandonaste Martín! Y no te importó lo que yo sentía. Yo te amaba, no sabes como te amaba. ¿Cómo querías que te recibiera?

- ¿Me amabas? ¿Y ahora? Ya no sentís nada.

Alicia: - Sí te amaba Martín, ahora es diferente. Te quiero, pero de otra manera. Muchas cosas me pasaron y cambié mucho. Vos dejaste mi vida por la mitad, en ese momento llegué a odiarte y más viendo que volviste con María, la elegiste a ella, me dejaste por ella Martín.

No podía creer que esas palabras salieran de su boca. Siempre pensé que ella aún me quería, siempre lo pensé. Esperé todo este tiempo atesorando ese amor, para algún día entregárselo y escuchaba eso.

Se llenaron de lágrimas mis ojos. No quise incomodarla, pero no pude evitarlo, debo admitirlo. Esas lágrimas no eran en vano, hace veinte años que llevo un secreto que nunca pude confesarle. Ella mirándome apretó mi mano, como conteniéndome, después de todo, no debo culparla. El causante de esa separación fui yo y debo asumirlo.

En esta ocasión éramos dos amigos que se reencontraban después de muchos años, de eso estaba ella segura. Pero de mí... ¿Qué decirle de mí? Yo quería volver en el tiempo y que todo fuera un mal sueño. Quería nunca haberla dejado. Sólo despertar y estar con ella. Había planeado este encuentro muchas veces, sin embargo sólo estaba allí, mirándola.

Ella mientras tanto, recostada sobre la puerta del auto, cómo queriendo tomar distancia de mí, jugaba con su cabello, ese cabello negro azabache que nunca vi en otra mujer. De pronto tomé una determinación impulsiva. Posando mi mano sobre su hombro avancé lentamente y la traje hacia mí, se mostraba esquiva. La tomé por su cintura e intenté besarla, aunque resistiéndose lo hizo, lo que siguió fue hermoso, juntar sus labios con los míos después de todo ese tiempo, nada cambió, tal cual así lo recordaba.

La rodee con mis brazos suavemente, no queriendo incomodarla. Crucé la línea, fue una sensación incomparable, podría jurarlo. Sentí en ese momento que atravesaba las barreras del pasado. Lo sentía. Deseaba que volviera a ser mía, que entendiera que la amaba, como la amo, como la amé una vez, como la amé siempre.

Pero no todo es como uno desea. La noche nos envolvía en una especie de somnolencia. Ella no me dejaba esperanzas, pero aún desconocía la verdadera causa de lo que fue mi alejamiento. Era ya momento de que lo supiera, la verdadera razón de nuestra ruptura, en detalle. Le conté la verdad que le negué aquel día, se asombró, todo era opuesto a lo que ella creyó todos estos años, pero me reprochó haberle mentado, ¿Por qué falsamente le negué mi amor ese día? Hice lo que creí correcto le dije, ella ahora lo sabía. ¿Pero quién podrá aseverar si fue lo correcto?

Alicia: - Me hubieras dicho la verdad, podríamos haberlo resuelto de otra manera Martín, pero en ese momento.

Alicia: - Ahora no cambia nada. Solamente puedo entenderlo y perdonarte, pero nada más. Siempre creí que no me quisiste, así te vi.

Esas fueron sus palabras, tal vez tenía razón. ¿Como sería mi vida si no la hubiera abandonado? Si con la verdad le hubiera ido, ¿sería diferente? Tantas penas por un secreto, ¿que conociera la verdad cambiaría algo ahora? ¿Tal vez lo entendería? pensé, ¿modificaría algo esta confesión? Seguramente no.

Aunque siempre pensó que yo no la quería, trató de perdonarme, pero el día que le negué mi amor había endurecido su corazón. Me amó muchísimo y la había lastimado, ya no podría sentir lo mismo, solo me vería como un amigo. Como lo que era esa noche para ella.

Alicia: - Ya no siento lo mismo. Tengo toda una vida, hijos. Pasé muchas cosas que me cambiaron, ya no soy la misma, ya no puedo quererte como antes, Martín.

- Yo entiendo. Pero vos me contactaste, supuse que algo necesitás decirme. Estoy desconcertado.

Alicia: - Sí es verdad. Necesitaba cerrar nuestra relación que se vio interrumpida en aquel momento. Darte la oportunidad que me explicaras. Yo no entendía que pasaba, de repente y sin razón, me abandonaste, y lo peor que unos días antes te di todo de mí, todo. Y así me lo pagaste.

- Nunca me lo voy a perdonar, pero que querías que hiciera, que te iba a decir. Yo te sigo queriendo, igual o más que antes, jamás deje de quererte, no se sabe lo que puede pasar, por alguna razón me encuentro acá.

Alicia: - ¡Vos estás loco! Me van a matar si se enteran que estoy con vos. Mirá si nos ve alguien acá. Yo no quiero sufrir más Martín.

Palabras, tristes palabras. Me asombró mucho la frialdad de sus pensamientos. La claridad con que me veía. En cambio yo, solo tenía ilusiones, improbables ilusiones. A pesar de eso, era una noche mágica como siempre la había soñado. Pero se había hecho tarde, debía regresar, el tiempo apremiaba y emprendimos el camino de vuelta, solo mirándonos sin decir palabra. Así transcurrió el viaje.

La dejé en su casa, sin dejar de insistir durante todo el trayecto para que me invitase a pasar, pero se negó rotundamente. Al llegar y bajar de mi auto se despidió, asegurándome que no habría otro encuentro, no debería haberlo me dijo. Las cosas estaban claras desde su punto de vista. Me marché de allí con el corazón roto, en ese momento me invadía el mismo dolor que seguramente ella sintió aquel día, pero todas mis esperanzas estaban puestas en esos besos, queriendo que despertaran en ella algún recuerdo, un pequeño vestigio de amor oculto en algún rincón de su corazón.

“¿Tendría uno que seguir siempre a su corazón? ¿Perseguir sus sueños? Tal vez sería la manera de lograr la felicidad, pero los compromisos sociales, imponen condiciones, que muchas veces se superponen a nuestro sentir.”

Llegado el fin de semana siguiente, emprendí un viaje al campo. Realmente no quería irme, quería estar con ella, pero estaba planeado desde hacía tiempo y no podía faltar a mi palabra.

Intercambiamos algunos mensajes. Le conté que cazamos un puma. Feroz y peligroso animal, cuenta el folklore Pampeano. Yo no lo creo así y esto que cuento es lo que ocurrió en esta cacería.



“La vida es un sinfín de caminos, el que decidas tomar, definirá tú destino”

Capítulo XII *Muerte en vano*

Partimos de casa 8 am, como siempre con Carlos de compañero. Recordábamos viejos tiempos durante el viaje. En esa oportunidad hablábamos de la fiesta de fin de curso, largos años ya pasaron. Que lindos recuerdos me traen.

Carlos: - Te acordás que nos fuimos a bailar después de la fiesta, en la caja de un rastrojero, con el Tuta, Nabisco, Giménez, la mulatona, Alicia y otros. ¡Éramos una banda!

- ¡Sí!... ¡La mulatona! ¿Cómo se llamaba?

Carlos: - No me acuerdo. Me acuerdo por qué se lo decían, pero el nombre no lo sé.

- ¡Qué cosa impresionante! ¿Sabes que la encontré la vez pasada? Allá donde yo estudiaba, y se acordó de mí. Yo no sabía como llamarla, casi le mando cualquiera.

Carlos: - Y vos boludo, te fuiste a otro boliche, ¡jajaja! Eso te pasa por querer ir en tu auto.

- ¡No me hagas acordar! Yo me confundí y me fui para otro lado, me perdí la joda. Esa noche no pude estar con Alicia. ¡Qué garrón! ¡Me acuerdo y me quiero pegar un tiro!

Carlos: - ¡Si se tiene que dar, se da, y si no nunca se tuvo que dar!

- ¿Te pusiste filosófico o te está pegando el escabio por adelantado? Vos sos un gil, no vas a entender nunca. Yo me enamoré, Alicia ¡Es mi esencia!

El viaje fue placentero, recordando viejos tiempos. Llegamos al campo a media tarde. Teníamos un par de horas para comer algo, juntar nuestras cosas y dirigirnos a los apostaderos.

Carlos, como siempre, eligió el apostadero metálico. Y yo, mi árbol. Decidimos separarnos ésta vez, veríamos quien tendría más suerte.

Después de recorrer unos kilómetros dejamos la camioneta a medio camino y nos separamos cada cual con su rumbo. Caminé unos dos kilómetros sin problema alguno ya que aún era de día.

Los insectos, muy molestos por cierto, revoloteaban a mí alrededor. Los pájaros en bandadas ya se reubicaban en los árboles para pasar la noche. En poco menos de media hora estaba al pie del árbol.

Frente a él se presenta una playa de unos 40 metros de ancho, sobre la cual se encuentra el bebedero. Es conveniente siempre estar cerca del agua. Había cavado unos pozos bastante separados entre sí y en los mismos enterré un poco de maíz que volví a tapar para que las alimañas no se lo comieran. Con esos pocos granos retendría al jabalí por más tiempo en el lugar, si decidía venir.

El sol comenzaba a caer. El horizonte se había teñido de un color rojizo por el ocaso y reinaba un silencio absoluto, roto ocasionalmente por el trinar de algún pájaro solitario. Un par de peludos trataban de desenterrar algo de maíz de los pozos, pero por su profundidad desistieron.

En el agua del bebedero se reflejaban algunos árboles cercanos que proyectaban unas sombras oscuras, quebradas aquí y allá por el naranja rojizo del cielo. En conjunto se tenía la sensación de armonía y nada parecía indicar que la misma fuese a ser quebrada en algún momento.

Varias horas luego, la noche había dominado el paisaje. La luna asomándose en el horizonte con su tenue luz dejaba ver algunas sombras que se movían contra el monte. Era una pareja de zorros colorados que atraídos por el olor del agua, querían, tal vez, saciar su sed.

Yacía ahí, sentado entre los tres troncos cerca de la copa del árbol. Ya acalambreado por la posición decidí enviarle un mensaje a mi compañero distante unos kilómetros en el otro apostadero, para ver si había podido ver algo. No obtuve respuesta.

Aproveché la tranquilidad de la noche y mandé un mensaje a Alicia, para contarle que estaba viendo en la penumbra ese corazón tallado con nuestros nombres dentro.

De pronto, siendo ya las doce de la noche, comencé a ver, con la luna ya en lo alto, una grotesca figura a un costado de la picada. Tomé mis binoculares y ahí lo vi. Era un jabalí, estaba solo. Seguro sería un padrillo ya que las pjaras se manejan juntas y son siempre unos cuantos animales.

Se asomó por un momento pero regresó sobre sus pasos a la seguridad del monte sin darme tiempo a nada. A pesar de eso, tomé mi fusil y me preparé en posición.

Para él animal todo parecía estar tranquilo y en orden. Aún así, se mantuvo observando desde su escondite, sin exponerse. Estaba esperando algo más, que la luna de Abril fuese opacada por las nubes, así podría cubrir los últimos metros entre el monte y los cebaderos sin ser visto, con total seguridad.

Pasada cerca de una hora, ni él ni yo estábamos plenamente seguros de que el otro estuviese en las cercanías. Si el animal hubiese pensado por un minuto que podría haber alguien acechándolo no hubiese entrado. Todas las precauciones que había tomado eran las que toma por rutina. Es la única forma de sobrevivir, por eso suelen llegar a viejos.

Por otro lado yo tampoco podía saber si el animal estaba aún ahí o si acudiría al cebadero. Sólo podía confiar en que lo hiciese, pero nada más. De la misma manera que el padrillo tendría que confiar en su suerte, si quería comer esa ración extra. Esa sería para mí la oportunidad esperada. Para él, podría terminar en un susto o un desastre, dependiendo de mi puntería.

Quizá esta noche tuviese un poco de suerte y pudiese verlo más de cerca. Pero nada de eso ocurrió. Debe haberse alejado pensé. De repente el reloj ya marcaba las tres de la mañana, debo haberme quedado dormido. Tres horas habían pasado en un instante. Muchas veces el tiempo sufre un desfase durante la noche. Uno, sin darse cuenta, en la soledad y el silencio dormita.

Busqué mi jarro y bebí algo de café caliente. Comencé a oír ruidos desde el lado derecho de la picada. Parecían vacas pero no podía verlas. Siendo casi las cinco, cómo ya no tenía sentido no hacer ruido, me levanté y trepé un par de ramas para poder ver que ocurría.

Me tomó unos instantes comprender. Frente a mí había cinco vacas que se acercaban al agua por la picada. Uno de los alambres del boyero la cruzaba casi al ras del piso y los animales al no poder verlo se lo llevaban por delante, con la consiguiente sacudida que esto producía en el otro extremo.

La noche ya estaba perdida no quedarían animales cerca con tanto ruido. Decidí regresar. Al estar descendiendo del árbol, el ruido a ramitas quebradas y el movimiento que producía hizo que las vacas corrieran en estampida. Di contra el suelo, junté mis cosas y comencé a caminar por la picada en dirección a la camioneta.

Recorridos unos ochocientos metros, llegué al final del camino, donde debía atravesar otros doscientos de monte espeso. Difícil tarea sin la luz del día, pero es el único camino, así que a cruzarlo me dije. Adentrándome un poco, a lo lejos ya podía verse el otro extremo iluminado por la claridad de la luna. Linterna en mano, me dirigí hacia allí para no perder el rumbo y terminar dando vueltas en círculo.

De repente, algunos pájaros emprendieron vuelo bruscamente, tal vez alarmados por mi presencia. Decidí investigar un poco más y dirigí el reflector en esa dirección. La piel se me erizó. Dos ojos amarillos brillando por la luz podían verse a no más de veinte metros. ¡Un enorme puma me miraba fijamente!

“La única vez que había visto uno fue una noche mientras la nieve caía intensa en el sur pampeano, al dirigir el reflector a un claro lo divisamos arriba de un caldén en la lejanía”

Pero este no era el caso. Lo tenía frente a mí, parado inmóvil al igual que yo. ¿Qué debía hacer? Girar y huir del lugar sería un tanto arriesgado. ¿Me vería como una presa tal vez? No iba a arriesgarme. Tomé mi fusil con bastante trabajo ya que llevaba mantas y ropa sobre mi hombro, pero lo hice en un segundo. Lo giré y disparé. El animal dio un salto como de un metro y herido, huyo del lugar.

Entre tanto miedo y desesperación, me limité a correr en la dirección en que venía hasta salir del monte. Continué así los cuatrocientos metros que me separaban de la camioneta. Empapado en sudor, tiré las cosas en la parte trasera y me fui de allí a buscar a mi compañero.

Llegué donde él se encontraba. Se asombró por las luces en medio de la noche, sin ningún aviso.

Carlos: - ¿Qué pasó flaco que venís haciendo bardo?

- ¡Me parece que le pegué a un puma! ¡Vamos a buscarlo!

Carlos: - ¿Qué, vino a la aguada?

- No, me lo encontré mirándome en el monte. ¡Estaba al lado mío!, ¡Me pegué el cagazo de mi vida! ¡Vamos a buscarlo!

Carlos subió a la camioneta y agarramos por el sendero bordeando el alambrado que separaba los cuadros. Pasamos una tranquera de alambre, la cual él nunca podía cerrar solo.

- ¡A ver si aprendés a cerrar esta tranquera, que siempre tengo que bajar para ayudarte!

Le recriminé cansado de que sea tan inútil. Llegamos en el vehículo hasta el borde del monte. Caminamos apurados esa larga distancia que nos separaba del lugar donde había herido al animal.

Logramos llegar. Los movimientos en plena oscuridad y dentro de ese monte eran muy lentos, cuidábamos de no hacer ruidos con las ramas. De esa manera nos íbamos acercando mientras esperábamos la luz del día para poder usar nuestros binoculares, herramienta imprescindible en este tipo de situaciones.

Después de recorrer el sitio durante una hora más o menos, un rastro de sangre nos llevó hasta él, la claridad ya penetraba. Recostado sobre un caldén estaba el animal, muerto. Era enorme. Con mucho trabajo entre los dos logramos arrastrarlo fuera.

Fuimos en busca de la camioneta ya que era imposible poder levantarlo del suelo. Lo levantamos con mucha dificultad. Había que elevarlo a la altura de la caja del vehículo para cargarlo. Una vez concretado partimos hacia el puesto.

No tan alegre por la muerte de tan temible adversario me sentía en ese momento, ya que nunca tuve la idea de matarlo. Fue tal vez ese breve encuentro al cruzarse en mi camino el que definió su destino, o mi temor a la reacción que pudiera tomar al verme correr quizás la que provocó este hecho. Regresé al puesto esa mañana desconcertado. Yacía allí inmóvil aquel bello felino que había muerto en vano.

A media tarde hablé con Alicia para contarle lo sucedido. Le confesé que tuve miedo, pero la cacería continuaba. Quedaba aún una noche más. Después de lo ocurrido con el puma, hubo un gesto hermoso de parte de ella. Yo en medio del monte perpetrado sobre el tan querido árbol me encontraba nuevamente, llamándola esa noche. Hablamos durante horas hasta entrada la madrugada.

Alicia: - No tengas miedo yo me quedo con vos esta noche Martín.

Me desconcertó. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué es lo que sentía realmente? Se encontraba cerca de mí esa noche, aunque estaba a cientos de kilómetros, yo la sentía muy cerca. Su voz me transportaba a un lugar de ensueños, tanto que no me percataba de lo que sucedía a mí alrededor.



“No solo de la muerte vive el cazador”

Capítulo XIII *¿Y después que?*

Durante la semana siguiente, los mensajes era lo único que tenía de ella. Afortunadamente ante tanta insistencia por mi parte, Alicia aceptó una nueva salida.

Fue de tarde esta vez. Quisimos regresar al mismo lugar, tratamos los mismos temas, recuerdos, anécdotas. Ella, siempre renuente a matar mis ilusiones, repetía firmemente que no podría volver a quererme, que lo nuestro era solo un sueño. Pero yo sin darme por derrotado, avanzaba un paso más. Nos besamos esta vez con más pasión, ya con su consentimiento. Todo esto no hacía más que acrecentar mi confusión. Lo que sentía, esa sensación incomparable que me invadía, me ataba a un efímero sueño en el cual querría vivir por siempre.

Al llegar, la tarde templada invitaba a permanecer bajo la tenue nubosidad que nos protegía del sol de mayo. Mientras ordenábamos algo para comer, tomé suavemente su mano, podía sentir su tersa piel erizarse a mi tacto, volví a expresarle mi amor. Me veía a mi mismo como un paupérrimo enamorado, aunque no me importaba todo lo que tuviera que hacer para que me quisiera. Ella como de costumbre sin reparar en lamentos, se encontraba esquiva a mis sentimientos.

Mientras regresábamos, procuré ponerla a prueba, y de esa manera definir de una vez este enrarecido encuentro plagado de incertidumbres. Nos veníamos observando, mirándonos profundamente, juro que podía ver en su rostro todo el reprimido deseo que llevaba consigo. Sin consultarlo, cambié el rumbo y aposté todo por ello. Me dirigí al lugar que veinte años antes fue testigo de nuestro amor.

La tomé por sorpresa lo sé, pero no se resistió y los dos nos entregamos, sin pensar en las consecuencias que esto pudiera ocasionar. Esa tarde que recordaré por siempre, volví a vivir el amor que sentí por ella aquel día que la hice mía, aquella primera vez. En ese mismo lugar donde estrene su suave piel. He llegado a entender que la vida, contrario a lo que pensaba da segundas oportunidades. Definitivamente hay que tomarlas sin dudar.

Alicia: - Fue tan hermoso cómo la primera vez. Nunca voy a olvidarlo, cómo nunca olvide aquel día, pero esto tiene que terminar acá Martín. ¡Estamos locos!

- Démonos una oportunidad. Siempre hay que tener esperanzas. No te das cuenta de todo lo que te quiero, ¿que más tengo que hacer?

Alicia: - El tren del pasado pasa una sola vez Martín y para nosotros lamentablemente ya pasó.

No lograba entender, me confundía con sus cambios de actitud. Momentos antes amándonos desenfrenadamente, sintiéndola mía, y ahora quería alejarme de su vida.

Alicia: - Esto solo fue un sueño que vivimos despiertos. Pero la vida continúa para los dos. ¿No ves la realidad? Esta ahí, afuera, mirala.

- ¿Como me decís eso, este momento juntos no significa nada para vos? ¿No te das cuenta que me querés? Mirame y decíme si no es así.

Alicia: - Ese es un asunto mío, solamente yo se lo que siento, quiero guardarlo para mí, no quiero más problemas de los que tengo.

- Y los sueños, y la felicidad, eso no cuenta. Seguís siendo mi princesa, ¿no lo entendés?

Mi confusión la transformó en la titiritera de mi destino. Cada vez que deseaba verme, yo no podía evitar complacer sus deseos. Algunas veces decía no sentir nada por mí. En otras ocasiones la notaba disfrutando de mi compañía. Llamaba para verme, (yo jamás dejé de contestarle), y luego arbitrariamente no atendía mis llamados.

En los encuentros me demostraba pasión, lujuria, desenfreno, pero de un momento a otro se volvía fría y distante. La locura me invadía. Me sentía como un jabalí deseoso de comida, asistiendo al cebadero, a sabiendas del riesgo de recibir un mortal disparo. Pero lo más triste es que estaba dispuesto a correrlo, por ella.

Cuando sentía que se afianzaba la relación me desestabilizaba nuevamente con sus cambios de actitud. Me daba todo pero siempre guardándose algo.

En uno de esos encuentros pareció llegar a quererme. Es más me lo dijo. Estaba sobre mí, yo contemplando su hermoso cuerpo, su largo cabello deslizándose sobre mi rostro. Sumamente excitada, con una mirada inconsolable, dejó hablar a su corazón, fue esa única vez. “Martín te amo, te amo.” Solo fue un segundo de placer, el que tal vez liberó todo su verdadero sentir. Muy confundido, pero profundamente alegrado, me encontraba sumergido en un mar de contradicciones.

Esta incertidumbre tenía una razón, me confesó que estaba en tratativas de volver a vivir a su casa, con su familia. Había pasado el fin de semana allí conversándolo, sin saber si sería o no lo correcto, de todas maneras quería regresar.

- ¿Por qué me decís esto ahora? ¿Vos no querés estar conmigo? ¿Cuál es el problema, qué te molesta? Me estás volviendo loco. ¿A qué estas jugando?

Alicia: - No amor, lamento no quererte como vos querés, pero entendeme, vos siempre me presionas. Yo espero estar haciendo lo correcto, es lo que tengo que hacer ahora.

Alicia: - ¿Si supiera que va a ser de mi vida?, ni yo lo sé.

- Querés volver, ¿vos estás segura de quererlo realmente? ¿El realmente te ama? Yo creo que no.

Alicia: - Sí, lo quiero, pero no lo amo, que es muy diferente.

- Y yo, ¿qué lugar ocupó en tu vida? ¿Cómo sigue lo nuestro?

Alicia: - Martín, vos no tendrías que estar, esto es una locura, tenés que ver la realidad ¿Vos querés que te quiera? ¿Y después qué? Pensá, ¿y después qué?

- No sé, yo pienso ahora. Yo solamente quiero estar con vos y que me quieras. Solo necesito eso.

Alicia: - Martín vos me tenés idealizada, te quedaste atado a un recuerdo de lo que ya no somos. Fui yo tal vez, la que forcé al destino a que te cruzaras nuevamente en mi camino. Pero no para revivir el pasado.

Ese triste día, me transportó en el recuerdo veinte años atrás, sufrí el mismo desprecio que aquella tarde en que fui a buscarla a su casa al salir del cuartel, y que ironía, nuevamente me la arrebató la misma persona. Pero habría una diferencia, esta vez sí le entregaría la carta.

Dolorosamente la relación llegaba a su fin, lo sentía, pero no quería verlo. Desde ese día cada vez se mostró más distante, los llamados cesaron, contestaba solo algunos de mis mensajes, y ya nunca más volví a verla. Yo sólo podía ofrecerle el recuerdo de un tiempo pasado. ¿Qué más podía darle? Si ella realmente no me necesitaba, ¿a cambio de eso le pedía su amor? Miserable moneda de la que disponía para negociar.

El precio de alcanzar un sueño, muchas veces, es pagar con lo más preciado que se tiene. Me daba cuenta ahora de mi fatal error. ¿Fue mi ilusión de que todo volvería a ser como antes lo que no me dejaba ver la realidad? ¿No fui capaz de ver lo que ocurría? Ya no éramos los mismos aunque deseara que así fuera.

Había perdido todo lo que soñaba tener. “Así es que me dije ¿Seré yo como aquel puma, animal vagabundo que la suerte cruzó en mi camino, y sin quererlo con un disparo sellé su destino? ¿De la misma manera fue esa eterna ilusión de querer que se cruzara en mi camino, la que selló mi destino?”

Siempre creí ser un gran cazador, en todo sentido. Pero la vida con el tiempo me ha demostrado que inexorablemente todo cambia de una u otra manera. De un momento a otro sin saberlo uno puede volverse presa del destino.

En mí ha quedado el sentimiento de que me ha hecho pagar las culpas del pasado, dejó que el tiempo y la indiferencia se encargaran de darme una dura lección. Lo merezco tal vez, acepto el precio. Todo vuelve en la vida. Ese último encuentro ¿Fue la despedida acaso? No, no fue una despedida, jamás la hubo. Sólo existió una carta, que con mucha pena y dolor escribí. Se la entregué junto con esta historia, la nuestra.



“Si que me ames tuviese un precio, mísera moneda es de la que dispongo para negociar”

Carta a un Amor no correspondido

“Alicia, amor, espero leas completamente, al finalizar habrás entendido lo que realmente quisimos ser. Si nosotros o el destino lo evitamos, no lo sé, razón alguna deberá existir.

Sé que no volveré a verte, es mi humilde opinión la que te ofrezco. Diferente debe ser tu sentir, ya que nunca podré conocerlo realmente, pues lo llevas guardado en lo profundo de tu corazón, solo para ti. Aunque mucho hubiera querido poder ver desde el interior de tus ojos, cómo me ves realmente.

Si supieras lo que he sentido al escucharte decir, matando mi ilusión, que jamás podrás amarme, sabrías realmente cuanto yo te amo. Tuve la convicción, tal vez inocente de que tu amor estuviera ahí, a flor de piel, esperando por mí. Lo vi en lo profundo de tus ojos, pero lamento haberme equivocado, por tener ese deseo egoísta y caprichoso. Quería que a pesar de todos los años pasados, esperaras por mí, por siempre allí, detenida en el tiempo.

No creas que pretendía toda tu vida, sólo deseaba que tu llenaras los espacios vacíos que habían quedado en mí, aquellos que habías dejado, que alegraras mis tristezas y alimentaras mis fantasías, sin importarme verte a escondidas. No me acobardaba vivir en esa mentira, que fue la más bella y soñada que viví, porque fui feliz, como nunca, contigo.

Pero ahora te alejas, me dejas solo, a la deriva, en un mar inmenso y desolador, en el que deseaba navegar junto a ti. No voy a decirte que no te extraño porque me muero de ganas de estar contigo en este momento. Tampoco decirte que no te necesito, porque me haces falta y tal vez más que nunca, sin embargo el amor no puede imponerse ni obligarse, debe construirse.

Perdóname, amor, por amarte tanto, por haberte hecho esclava de mis sueños, de mis pensamientos, de mi vida, una vida que está muriendo, pero que a pesar de todo cumplirá la promesa de amarte por siempre.

Yo ya no estoy aquí, definitivamente morí, morí aquel día gris al verte dejar aquella plaza alejándote bajo la arboleda hace ya tantos años. Ver cómo rompía tu inocente corazón falsamente, sin tener el coraje de compartir la verdadera razón de mi alejamiento, más aún pudiendo haberte dado la posibilidad de que tu decidieras, si ayudarme y comprenderme, o tal vez no, pero que tu lo decidieras. Lo sé, aquel día te negué mi amor, te mentí, y lamentablemente perdí en un segundo los días más felices que había vivido. Pero tal vez fue algo necesario, lo era en ese

momento. Lo correcto. Quién puede decir ahora si fue lo correcto, tal vez el tiempo nos lo dirá algún día.

Otra vez la vida, me dio una oportunidad, tú me la diste, dos décadas después. Lo sé, ya no somos los mismos, tal vez te forcé un poco y a causa de eso la alegría fue breve, pero hiciste revivir mi pasado, esa cuenta pendiente que llevé como una carga todos estos años. Ahora conoces la verdad, esa que te negué ese día viéndote partir llevándote toda mi vida en un segundo, pero debí ser fuerte, era un grave problema en aquel momento.

La vida continuó, conoces los hechos que nos distanciaron. Tal vez me perdones, seguramente no lo olvidas, pero de pronto te alejas para siempre, sé que habrá una razón, como lo fue la mía. Sea cierta o no, solo tú lo sabes.

No quisiera hacer esto, debo llevarme algo que un día dejé en tus manos sin que me lo pidieras, por eso no puedo reprocharte nada, es mi corazón. No es que no quiera dejártelo, lo tuviste durante todos estos años, pero ahora, ¿cómo explicarte? Necesito cuidarlo un poco para que se recupere de tan amarga decepción, para que sane y vuelva a latir como antes. Difícil seguro será, ya no tiene la ilusión de ese amor que era su alimento, que sospechaba oculto en algún rincón de tu ser.

Así necesito devolverle la esperanza que le arrancaste en un descuido. Hacerle entender que el tiempo no espera, el tiempo olvida. Explicarle que el amor que conocimos y compartimos se quedó aquel día en ese lugar, para siempre perplejo en el tiempo. Ya no vendrá por nosotros, no regresará jamás.

Quiero devolverte esas ilusiones que me diste, cada vez que estabas a mi lado. Esa fría noche de cacería que me acompañaste de madrugada, aunque estaba a cientos de kilómetros, te sentí junto a mí, como una vez te tuve, en mis brazos.

Devuelvo tus ojos, los más bellos que me han visto. Me quedo tan sólo con algunas miradas, las que me vieron ese primer día que salimos juntos, después de muchos años. Mantuve tomada tu mano por horas y tu presencia me dejaba atravesar las barreras del tiempo. Adoré revivir esos bellos momentos que había compartido junto a ti y que nunca jamás volverán.

Te regreso mis ganas de ti y ese cosquilleo en mi cuerpo esa noche que volví a juntar tus labios con los míos. En ese mismo instante me di cuenta de lo que realmente había perdido y lo tanto que te amo aún. Te regreso mis ilusiones de salir a almorzar nuevamente juntos, como aquella tarde que sin condiciones volviste a darme tu amor, ese amor que tanta falta me hace.

Me quedo sí, con esas despedidas que duraban horas y que, en realidad deseaba con toda el alma que no pasara el tiempo porque no quería irme. Con esos largos y lindos besos que a veces me dejaban sin aire. ¡Cómo los he extrañado todos estos años en silencio! Sin embargo, debo regalarte todo ese tiempo que aborré para tí y las pocas historias que te conté mientras parecía que no me escuchabas. También las lágrimas que no lloré mientras no estabas a mi lado y mi deseo de que seas feliz allí donde sea que tu corazón esté.

Te dejo mi oración a Dios, para que en otra vida tú me puedas ver con mis ojos, para así saber cómo yo te vi y amarte como te lo mereces, como yo lo hubiera hecho si la vida lo hubiera permitido. Te dejo mi amistad, de esas que no creo que tengas nunca y mis ganas de cuidarte. Mis celos, celos tontos que en realidad no eran nada porque no te tenía realmente.

Me quedo con todas las lágrimas que derramé mientras escribía estas líneas, el dolor que en este momento siento. El dolor, mi coraje, mi insistencia. Todo me lo quedo. A cambio te doy aquello que no puede dejar de sonar en mi alma. Son cuatro palabras ¡Te amo hasta el cielo!, que alguna vez tiempo atrás tu me decías y dolorosamente para mi corazón nunca más volví a escuchar.

Pero lo que nunca te daría, ni a ti ni a nadie, es el más bello recuerdo que tengo, el que solo guardaré para mí, por siempre. Aquella fracción de tiempo, la primera vez que caminamos juntos al salir de la escuela y con timidez te confesé mi amor. ¿Recordas? Esa calle polvorienta cercana a tu casa, a minutos del ocaso. En ese mismo instante donde mi Princesa de ojos negros, que vestía un blanco impecable, selló con un beso el compromiso que sería eterno. Por cierto el día mas especial. Tal vez en tus sueños se presente algún día y recuerdes cada detalle vivido conmigo y así sepas por qué he de amarte así.

Parece que después de todas estas lágrimas estoy un poco mejor, porque quien ama de verdad procura la felicidad del otro y yo deseo la tuya, aunque dolorosamente no sea a mi lado.

Hay algo sí, que inevitablemente debemos compartir. Nuestras memorias del ayer, esos hermosos momentos que atesoraré hasta el final de mi vida. Debemos guardar los mejores, olvidar los demás. Así sin más me despido. Para mí, Princesa por siempre serás.

Martín

Tantos recuerdos, tantas vivencias, y de pronto todo se transforma en tristeza y nostalgia de un pasado que ya no volverá. Siguen allí escritas, detenidas en el tiempo, las decisiones que cambiaron nuestras vidas, aquellas que nos separaron, no solo una, sino dos veces, pero seré yo, su querida Alicia, la que no permitirá que los avatares del tiempo desvanezcan esta historia. Como lo he dicho en un principio, sigo aquí sentada en mi cuarto leyendo una y mil veces todos estos capítulos, sintiendo aún el mismo afán de la primera vez. Todo ese amor que Martín expresó por mí en cada letra, en cada párrafo, sigue aquí sorprendiéndome. No se equivocaba al decir que “solo la muerte le privaría de sus recuerdos”.

Ahora es justamente a mí, a quien le gustaría volver en el tiempo y poder reencontrarme con él, así poder recorrer juntos el camino como una vez soñamos. Aborrezco el día que no supe corresponderle su cariño, pero mi indecisión me llevo a reprimir mis sentimientos, yo jamás deje de amarlo, y sé que él lo sabía, pero siempre tuve miedo de lo que ocurriría si se lo expresaba. Demasiado tarde me di cuenta de mi error. Largo tiempo ha pasado desde aquellos momentos, pero todavía llevo en mí corazón el dolor de haberlo lastimado. Ya nada puedo hacer, no es posible remediarlo. Y si bien es cierto que no hubo una despedida, en si, lo fue esta hermosa carta. Sus palabras que yacen inertes en ese escrito, allí donde queda plasmado su recuerdo, son las que merecen en su memoria, ser leídas una y otra vez.

FIN

Índice

Historia de la historia:	página: 13
Bajo el caldén:	página: 21
Capítulo I: <i>El comienzo</i>	página: 25
Capítulo II: <i>Disparo inicial</i>	página: 29
Capítulo III: <i>Inocencia</i>	página: 33
Capítulo IV: <i>Enamorados</i>	página: 39
Capítulo V: <i>Primera vez</i>	página: 47
Capítulo VI: <i>Traición</i>	página: 55
Capítulo VII: <i>Princesa</i>	página: 65
Capítulo VIII: <i>La encrucijada</i>	página: 75
Capítulo IX: <i>El engaño</i>	página: 85
Capítulo X: <i>Prisionero</i>	página: 95
Capítulo XI: <i>En un tiempo sin tiempo</i>	página: 99
Capítulo XII: <i>Muerte en vano</i>	página: 109
Capítulo XIII: <i>¿Y después qué?</i>	Página: 117
Carta a un amor no correspondido	página: 125

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2012
en TALLERES GRÁFICOS SU IMPRES S.A.
Tucumán 1480, Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax: 4371-0029 / 0212
e-mail: imprensa@suimpres.com.ar
www.suimpres.com.ar

